Guillermo Saccomanno

Esperar una ola

Planeta

Esperar una ola

Esperar una ola

Guillermo Saccomanno

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Esperar una ola

Saccomanno, Guillermo
Esperar una ola / Guillermo Saccomanno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7861-9
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Imagen de cubierta:
Pintura realizada por el autor

© 2022, Guillermo Saccomanno

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7861-9

«El Tao que puede explicarse
no es el Tao eterno».

Lao Tse, *Tao Te King*

En memoria de Juan Forn

Los balnearios ya levantaron las carpas. La costa es un hor izonte de viento, arena y mar. Ahora se los puede ver. Los surfistas parecen haber estado siempre ahí, a unas brazadas de la orilla, en la rompiente, esperando. Y van a permanecer en el agua, agazapados, aun contra el presagio de una sudestada, asomando apenas en la magnitud del océano. La espera de esa ola tiene mucho de misterio. A veces están desde la mañana temprano. Si el día empezó tormentoso, vienen al mediodía, cuando un resplandor débil se filtra entre las nubes densas. La ola esperada es un sueño personal, inaccesible. Solo el surfista sabe lo que está esperando. A veces el mar es una extensión de sosiego. Y premonición. Indolentes, empiezan a formarse algunas olas. De lejos puede advertirse ese suspenso del cuerpo sobre la tabla, los músculos en tensión, listos para el salto y el viaje a lo largo de la ola. Hace falta, además de reflejos, el golpe de suerte que convertirá en proeza ese tiempo tan corto del equilibrio vertiginoso en la cresta de espuma. Para que el golpe de suerte ocurra es necesario estar en el agua, siempre, esperando. Quizá el misterio se explica en la espera. Y la revelación, en la fugacidad de ese deslizamiento en el que la existencia, de golpe, es viento. De qué estoy hablando. De escribir.

Apenas abrimos un ojo pensamos en el dinero aunque parezca que nos distraemos con el sexo, cuando en el coito nos decimos frases de amor entreveradas con otras puercas, no dejamos de pensar en el dinero mientras nos apuramos a desahogarnos porque debemos ir a nuestros trabajos, y decir trabajo es hablar de dinero como cuando llevamos a los chicos al colegio y, ni siquiera vale preguntarse el porqué, los mandamos a un colegio caro para que en el futuro ganen bastante dinero y, mejor no pensarlo ahora, en el futuro podrán amortizar nuestro derrumbe senil, pero mejor no pensar en eso ahora porque ya en la mañana, durante el día, en nuestras ocupaciones, concentrados en nuestros puestos, seguimos con la mente activa en la cuestión del dinero si se trata de impedir que alguien nos mueva el piso y ascienda sobre nuestras cabezas o nosotros, por nuestro lado, procuremos pasarle por arriba, obteniendo ascender en la escala jerárquica porque un ascenso representa un ingreso mayor de dinero, el necesario para vivir bien, tal vez sin exceder nuestras posibilidades pero también sin pasar necesidades y disfrutar merecidamente un fin de semana de descanso y vacaciones una vez al año porque es necesario a veces un tiempo sin pensar en el dinero, es decir, reponer energías para, a la vuelta, estar en condiciones de ganar más dinero y, al fin del día, cuando nos volvemos a acostar, lo hacemos pensando en qué impuestos y cuotas vencen mañana ya que vivimos a crédito.

De puño y letra, porque quiero que conste por escrito la decisión que tomé. No se saldrán con la suya, me opongo a que me manden a un geriátrico. Podría acusarlos por orden alfabético. Pero como somos una gran familia y además me pifia la memoria, me llevaría tiempo ordenarlos. Saquen sus propias conclusiones. Que la culpa les carcoma el corazón. Voy a saltar sin decir ni mu y chau. Aunque si lo pienso, qué culpa pueden sentir siendo como son. Se la van a echar entre ustedes. Además, y mientras paso la pierna del otro lado de la baranda y cuento los pisos, me doy cuenta, me van a olvidar en menos de lo que canta un gallo así como yo me olvido de todo todo el tiempo. Así que vuelvo la pierna y, por las dudas, guardo la carta.

Tienen dos sueldos, pero les alcanza con uno para vivir con comodidad y el otro para ahorrar, mejor dicho, para invertir. Por eso no se afligen demasiado hasta que a él lo despiden. Con el sueldo de ella, comprueban, no se pueden arreglar. Mientras, eliminarán algunos gastos, propone él. Venderán la moto, eso les permitirá tirar hasta que él encuentre un nuevo empleo. Él hace la compra, limpia, cocina. El departamento nunca estuvo tan impecable. Se las ingenia para hacer arreglos, reparar el parquet, pintar el balcón, renovar las macetas, decorar. Por las noches, después de cenar, se quedan conversando. Ella le cuenta de la oficina. Y él la escucha, se interesa por los chismes. En particular los que tienen como protagonista una compañera lesbiana que la divierte. Siempre la misma. Tan graciosa, tan ocurrente. Y tiene tantas aventuras. Una mañana, al rato de haber salido, ella olvida algo. Y vuelve. Entra en silencio, sin hacer ruido. Lo sorprende en silencio con su bombacha, el delantal sujeto a la cintura, limpiando el baño, fregando el inodoro. Ella se retira en puntas de pie. Se pregunta si no habrá llegado la hora de confesarle que la compañera es más que una compañera. Pero antes tiene que hablarlo con ella, que tiene más experiencia en todo.

Cableado en la unidad de cuidados intensivos escucho las conversaciones de las enfermeras y me pregunto por qué no enamorarse de una de estas chicas de guardapolvo blanco que vienen en dos y a veces tres colectivos desde el conurbano, tienen hijos, maridos gastronómicos, albañiles, peones de cualquier gremio, vigilantes, changadores, en su mayoría desocupados, y ellas tan sufridas, tal vez su sueldo es el único de la familia si es que tienen una mientras la peste colapsa, y en el office escuchan canciones de Leo Mattioli, las tararean bajito. Hace rato escuché a una tarareando bajito mientras le cambiaba la venda a un chico que tiene un tajo en el cráneo, un coágulo y delirio. Pero quizá ella no piensa tanto en ser una buena samaritana como en algún día vivir en Miami. Es difícil encontrar la belleza en este mundo mientras ella ahora canta bajito y me revisa la herida suturada. Y sí, puede ser que hacer literatura sea inútil pero no tenemos otro ataúd flotando en el océano. Lo que lamento: ella canta bajito y no puedo descifrar la letra de la canción, ese sería el título, me digo, la letra de la canción. Lo peor, si uno escribe esta historia conmoverá a chicas sensibles y los críticos opinarán que ese fue el objetivo de tu escritura. Si averiguo la letra será el título de la historia. Y después la tiraré por cursi. Pero el chico del tajo en la cabeza, internado a unos metros, no olvidará nunca su melodía.

Todavía de noche, cuando nos despertamos, prestamos atención y escuchamos. No perdemos la esperanza de que una madrugada, cuando menos lo esperamos, se escuche la voz del nene, que pueda hablar en sueños. Nos cansamos de llevarlo a especialistas. Foniatras, psicólogos. Lo peor de esos encuentros de familia era que los terapeutas terminaban interrogándonos como si fuéramos culpables de su silencio. Después de diez años juntos, qué pareja no tiene un cambio de palabras, a veces se alza la voz, una contestación fuerte, un sopapo, un plato roto contra la pared y después, en el silencio que sigue a la pelea, nos acordábamos de él, y ahí estaba, en su cuarto, con la luz apagada. Lo mandamos a un colegio especializado en chicos discapacitados. Y lo tuvimos que sacar porque los raritos lo burlaban. Y él nada, los miraba con esa mirada indiferente, la misma con que nos mira a nosotros cuando discutimos. Fuimos a iglesias, peregrinamos para pedirle a la Virgen. Hasta consultamos un exorcista, videntes, brujas. Y nada. Un dineral se nos fue. Hasta que decidimos probar con un método casero, un alfiler. Tampoco. Después de seis años, pensamos que si lo abandonábamos por ahí no pasaría nada. Como no habla, pensamos, no iba a contar que lo habíamos dejado en mitad de una noche en el conurbano. Pero no nos atrevimos. Después de todo, es nuestro.

Tus selfies en High Kensington, el Bois de Boulogne, la Porta Pinciana, la Plaza Mayor y también ese puente sobre el Rin. En todas, sonreís. No quiero saber nada del resultado, antes está el viaje, habías dicho. A veces los ojos entornados por el sol. Como si el asombro te dañara. Y tu sonrisa, la expresión infantil de quien no cesa de sorprenderse. Todo te resulta nuevo. Mirá, escribís, mirá dónde estoy. Me habías acostumbrado todos los días a tus imágenes: vos en un paisaje, y una frase. Mirá dónde estoy. En las selfies no pasás de los treinta. En verdad, nunca pasarás de los treinta. Pero todavía lo ignorás aunque, si se interpreta la expresión infantil, la sonrisa espontánea bajo una lluvia, bajo un sol, bajo una nieve, uno puede darse cuenta de que en esa alegría tuya hay un vértigo, el apuro por verlo todo antes de lo que te espera al volver, el diagnóstico del tumor.

Apagá el grabador y te explico. De pibe empecé. Fue con la primera mentira, una pavada. Pasó. Inofensiva, me acuerdo. Fue tan fácil decirla. Después, la segunda, seguía siendo fácil. Y fui probando. Seguí derecho. Y me recibí. La gran enseñanza: que tu mentira sea verdad depende de tu convicción. Un maestro de actores puede orientarte, pero vos tenés que sentir la pasión de la escena. Entonces los otros te creen, no dudan. La verdad, una vez que te acostumbraste a la representación, ya está. Estás en carrera. Hacete amigo del juez, recomienda nuestro gran poema patrio. Y yo quería ser el juez más que tener amigos. Poner una cara seria y, si te acusan, desmentí, palabra de honor, mirar hacia otro lado, digo, y entonces la denuncia sigue de largo y que el próximo acusado se las arregle porque ya no es asunto tuyo y si el otro no se las ingenia para zafar y cae en desgracia, allá él. Lo difícil no es llegar, es mantenerse. Y no cualquiera llega a integrar este tribunal, querido. Pero esto yo no te lo dije.

Se despertó en la noche, con la palabra en la boca. Qué significaba, se preguntó. Le gustaba esa palabra, sonaba rara. Tenía que escribir un cuento con esa palabra, un cuento que la contuviera. Desnudo, buscó el diccionario. Encontró el significado. Se sentó frente a una hoja en blanco. Empezó a escribir. No logró pasar de una primera frase ingeniosa. No estaba aún preparado para el cuento. En la mañana, decidió tomar aire. En la campera llevaba una libreta y una birome. Hacía frío. Bajo cero tal vez. Le gustaba caminar junto a las paredes del cementerio. La muerte siempre lo inspiraba. Del otro lado del paredón yacía un amigo que siempre le criticaba su obstinación cuando algo se le metía en la cabeza. Se detuvo. El viento sacudió las ramas de los eucaliptus. Anotó una frase. No le convenció. Estaba visto que no la tenía fácil esa mañana. Caminó una hora dándole vueltas a una trama que, cuando volvió a la casa, le resultó inconsistente. Descartó varias primeras frases todas falsamente inteligentes. Cuando su mujer lo llamó para almorzar, tenía un humor canino. Después de comer, el vino lo aletargó. Escribiría el cuento después de una siesta. Y tampoco. Ahora, pasada la medianoche y un paquete de cigarrillos, vuelve a consultar el diccionario. El significado, se da cuenta, es su autorretrato. Mañana, se promete. Y se acuesta, abraza a su mujer. Dormí, le dice ella y le acaricia la cara. Le gusta que el cuento que no escribió termine así.

Mientras la chupaba como si nunca antes lo hubiera hecho, ella maullaba. Esta vez era distinta a todas las anteriores, las innumerables anteriores desde que estábamos juntos. En tanto, ella buscaba devolverme lo que le hacía sentir. A medida que la sorbía ella emanaba unos chorros calientes. La bebí con unción. Pude separar sus labios, la entreabrí con la punta de los dedos. Entré sin dificultad un puño y luego el otro. Necesitaba averiguar el origen de ese líquido que fluía cada vez más copioso. No me costó asomar a esa oscuridad, sentir la atmósfera selvática, envolvente, mientras camino el fango meloso, aparto el follaje y, desde el exterior, cada vez más lejanos, unos ecos de éxtasis. Me doy vuelta, busco la entrada, no logro divisarla. Grito su nombre. Por encima del rumor de la jungla, loros, monos, chicharras, lo grito. Entonces escucho el rugido.

Están mirándome desde siempre, todo el tiempo sin quitarme los ojos de encima, ojos bizcos, ojos miopes, ojos estrábicos, con lentes de contacto y de aumento, muchas veces oscuros, porque quieren hacerse las disimuladas, pero si pudieran recurrirían a una lupa y también a un microscopio, diseccionándome, y en sus ojos puedo ver la envidia, la frustración de no ser yo porque además de que les falta belleza no les da el cuero, la manera de ser, y suponen que con saber mi signo, mis medidas, mi dieta, mi gimnasia, mi lencería, mi perfume, mi grupo sanguíneo, llegarán a ser yo, abrirse paso como un transatlántico, pero tienen esas vidas mediocres porque para ser como soy necesitarían mi talento, avanzar sin detenerse a pensar en los demás, el qué dirán, que se queden con las fotos y con las ganas de ser la de la foto que aman y odian, que las enfrenta a sus pajas mentales y no solo, babeando con esa admiración fan que es también rencor, a ver si se creen que no siento lo que sienten cuando salgo del canal y se abalanzan, quieren tocarme, se matan por un autógrafo, gritan, aúllan, empujan, golpean, arañan, muerden, ni reparan en la bebita que se le cae a una y muere pisoteada mientras los de seguridad las apartan y me escapo en la limo con todo mi encanto, chaucito, mis invisibles.

Los vecinos piensan que la señora de la casa de la esquina es viuda pero no, ella nunca se casó. No necesitó, dice con orgullo. La señora espera meses para envenenar las puertas, los marcos, las repisas, los rincones y los intersticios menos pensados. La paciencia tiene su recompensa. Y las cucarachas que estuvieron agazapadas durante todo el otoño y el invierno, el invierno largo, ahora, en los primeros calores de la primavera, envenenadas, brotan de todas partes, caen desde lo alto de la biblioteca, desde ángulos del cielorraso, caen con un crujido. Ella camina por los ambientes, los recorre, espera que caiga otra. Inspecciona a ver dónde más siguen cayendo. Le depara una felicidad infantil escucharlas caer. Es que ha esperado mucho este momento. Toda una vida, se diría. Se da vuelta y hay una acá y otra allá y otra más allá. Cuando cae una detrás suyo, con ese sonido inconfundible, la señora se sonríe socarrona y jadea hacia la moribunda y, si está aún viva, la aplasta con su zapato ortopédico. Nadie puede comprender su placer en el pisotón que provoca un crujido. Solo su zapato ortopédico.

Padre e hijo juegan al ajedrez. 64 casilleros, que se corresponden con los 64 hexagramas del *I Ching*. La posibilidad de conocer todas las jugadas que pueden desplegarse en esos 64 casilleros son infinitas, también pueden serlo las consultas y las interpretaciones que provienen de esos 64 hexagramas. No debe haber juego más violento. Exige concentración, ponerse en el lugar del otro, pensar lo que piensa, anticiparse a sus movimientos, derrotarlo pero, en este afán, la estrategia puede fallar y la derrota será inexorable. Así como no existe un juego más inteligente que el ajedrez, no hay libro más sabio que el *I Ching*. El hijo sobrevivirá al padre, pero este hecho no será, desde ningún punto de vista, una victoria. Un hexagrama alude a lo echado a perder por el padre. El hijo enfrentará ese riesgo, se adjudicará, tal vez sin saberlo, una responsabilidad que no le corresponde y lo supera. En su perseverancia afrontará la humillación. El hexagrama 64 habla de una situación esperanzada, la primavera que anuncia el verano fértil pero concluye con una fábula que opera como advertencia: en la China es ejemplar la cautela con que el zorro camina sobre el hielo. Ausculta el mínimo crujido y, circunspecto, extrema la precaución. El zorro joven, en cambio, arremete con audacia y sucede su accidente, que puede resultar fatal. Nadie conoce el origen ni del ajedrez ni del libro. Padre e hijo repiten movidas repetidas. Como es repetido el acto de interrogar el oráculo.

Toda una vida frente al bosque y nunca se animó a cruzarlo porque le han dicho, desde chico, que quien cruza el bosque en una noche de luna llena como esta escuchará un lobo y, si logra salir, si es que tiene la suerte de salir, algo que casi nunca sucede, no será igual. Se pregunta, a esta altura, qué podrá cambiar en su vida y, se pregunta también, por qué no perderle miedo a lo que no se sabe, dejar atrás la casa, vencer la cobardía, entrar de una buena vez en ese follaje tupido. Camina entre árboles y matorrales, cardos y enredaderas, se detiene en un claro, mira el cielo, la luna, escucha, además de los chasquidos de su avance, pájaros. Así como ignora el nombre de los árboles también ignora el de los pájaros. Sin embargo, cree reconocer una lechuza. Un instante después el aullido, nítido, cercano. Y un jadeo de baba. No se deja impresionar. Sigue adelante sin mirar atrás. Y ahí, en ese miedo, reside su coraje: no mirar atrás, se impone. Alcanza el linde antes de lo esperado. Recién al abandonar la espesura se atreve a darse vuelta. Después el hombre corre hacia la casa que no encontrará.

Un buen día te sucede lo impensado. El día deja de ser bueno porque tenés que pensar. Y al pensar lo que te sucede es que te sumís en el desconcierto de un sinfín de preguntas porque cada pregunta te impone otra, otra que nunca pensaste que podrías formularte. No se trata de la sorpresa que te causa mirarte en el espejo del baño y, al afeitarte, te resulta un extraño el otro, digamosló de una vez, ese otro es el que no te reconoce y te observa con una mirada entre irónica y comprensiva, un aire de soberbia irritante, actitud del que está por encima de tu desconcierto, porque, para él, da la impresión, lo impensado resulta natural, responde a una lógica que se te escapa. Por más que intentás recobrar la calma y la rutina, incorporarte a la mecánica de los días, afeitarte o dejarte la barba no cambia las cosas: el daño está hecho, no volverás a ser el mismo ni tampoco el que imaginás ser algún día. No te tranquiliza hacer los gestos de siempre. Tu familia, como si nada, pero vos sabés que ellos advierten que te pasa algo raro, y no es bueno para vos y menos para ellos aunque te siguen la corriente mientras alguno, lo sabés, puede estar llamando la ambulancia con los forzudos de guardapolvo. Así que lo más probable es que te dejen ir, te dejen y te conviertas en uno más de los que andan por ahí hablando solos por la calle.

Ochenta millones de refugiados en el mundo no son una cifra. La pianista en el teatro lleno no toca solo para esta audiencia. Piensa en otros que podrían escucharla en los lugares perdidos del mundo. Una nena iraní del otro lado del alambre concentrada en la transmisión de una radio portátil, como esos muchachos libaneses en el paso fronterizo francés que detectaron su música en un celular. Y está un viejo periodista chino que nadó el mar y, exiliado, la sintoniza en la compu donde denuncia a la policía hongkonesa. Una boliviana se ajusta los auriculares en una tapera patagónica. No está solo con la pianista, se dice el que escribe. Puede estar un pibe georgiano conectado que viaja con los ojos cerrados en un metro paulista. También puede imaginar a una chica escuchándola en su celular en una carpa en una tierra ocupada en el conurbano bonaerense. Para todos toca y lo sabe. Toca aun cuando no puedan escucharla porque no todos tienen internet. No obstante toca. Toca espaciando las notas, que se expandan, que se vuelvan más íntimas. Se acuerda de sus padres y sus hermanos menores, muertos bajo un misil en ese caserío balcánico mientras ella estaba a unas cuadras en su clase de música. En su música los habitantes del desierto podrían encontrarse menos solos. Toca para mí, puede pensar cada uno. Y toca por nosotros.

Los instantes en que el día tiene alguna chance de dicha se fueron tornando absurdos, como cuando una se ríe de un comentario que es solo una observación, pero a vos te causa gracia, te reís y el mundo entero te mira con reprobación y, a partir de ese equívoco —vos no pretendías burlarte de lo que para alguien podía ser una vergüenza—, ahora, vas a ver, serás vos, la que no para de reírse, la que pasará a ser el tema en boca de todos y eso que sienten, qué duda cabe, es lástima, un sentimiento de superioridad, hablan de vos, se la pasan hablando de vos, aunque no escuches exactamente las palabras de piedad o desprecio porque no podés parar de reírte, esas miradas te consideran como si tuvieras el culo sucio, se apartan, y lo más terrible no es eso, que te rías de ellos, no pueden comprender que te reís de la situación, te reís de vos en la situación y no hay caso, no podés fingir indiferencia, la risa te arrincona y de pronto te das cuenta de que mejor quedarse para siempre en casa sola, muerta de risa, que salir a la calle.

Este es un trabajo seguro, me dijo mi padre cuando me trajo al cementerio. Puede cambiar el mundo, pero no la costumbre de morir. Además, vamos a trabajar juntos. Y cuando yo no esté no te asustes si, por darme una vuelta, vengo cada tanto a visitarte. Te voy a enseñar los secretos del oficio, que no son muchos. Te los voy a enseñar así como me los transmitió mi padre y cuando vos seas padre se los transmitirás a tu hijo. Este es un trabajo eterno, me dijo mi padre. El principal de todos los secretos consiste en no llevarles el apunte a los fantasmas. Sabio, mi padre. Aunque no me avisó de la cantidad de fantasmas, en especial, en estos días de invierno, al anochecer, cuando el viento se queja entre el ramaje de los eucaliptos. Cada vez que me doy vuelta ahí están, a tu espalda, además de tu padre, el abuelo, el padre de tu abuelo, el padre del padre de tu abuelo. No te asustes, somos nosotros, tu familia.

En la cena empiezan a discutir a partir de un asunto cotidiano que puede parecer nimio pero depende de qué perspectiva se lo observe, si desde el punto de vista de ella o desde la interpretación, la de él, opuesta a la de ella, a partir de una frase apenas pronunciada, la exhalación contenida de un pensamiento que no termina de adquirir forma pero que, en su intención, puede él darse cuenta de que se trata de un reproche, aunque a veces puede interpretarse más que como un argumento en contra como una señal de desprecio que puede no estar tanto dirigida a él como a sí misma por no haber reparado antes que tal o cual insinuación derivarían en un cambio de opiniones que, en la medida en que el desacuerdo no encuentra un punto de conciliación, cada palabra, cada interjección, un suspiro de ella, un carraspeo de él, van cambiando de tono, él deslizando una ironía, ella una recriminación, y como se dice: una palabra trae la otra, hasta que se enredan y, de pronto, ella puede darse cuenta de que no dice lo que quiere decir y él tampoco porque, al trenzarse, puede suceder que él use sus razones, las de ella, y ella recurra a planteos que son más de él, y entonces ella, mosqueada, levanta la voz y él, impertérrito, no necesita gritar, recurre sinuoso a uno de sus sarcasmos hasta que se dan cuenta de que las milanesas se van a enfriar y comen callados.

Ese tren que pasa otra vez ahora, en cada ventanilla, una versión diferente de mí mismo. Al pasar, aquellos que fui me saludan con un movimiento suave de la mano, un gesto de adiós simpático. No me tranquiliza el pasaje. Porque sé que en el próximo tren se sucederán otros yo que olvidé y no aguantaría volver a verlos aunque ellos simulen dejarme atrás. Así que me acuesto sobre los rieles y espero que vengan otra vez y sigan su viaje, para siempre, sin mí.

Dicen que de tanto venir a la orilla uno termina siendo el río. A veces por las mañanas, otras por las tardes, también noches enteras hasta el amanecer, en la orilla, esperando. No le preocupa que no haya pique. En verdad, no le interesa, no quiere que un huésped del río muerda el anzuelo. Porque los peces son huéspedes, se dice. Y yo también un huésped, tanto del agua como de la tierra. Lo que más le gusta de la pesca es la observación del agua, imaginar qué vida extraña acecha bajo la superficie calma. Sus pensamientos fluyen con la corriente suave y esto es lo que más le gusta, dejar que las ideas se sucedan, cada tanto un remolino, misterioso, y después otra vez el fluir lento, callado. Se pregunta si no terminará siendo el río. Alrededor grillos, un croar, un trino nocturno en la quietud del follaje. Inesperado, el sacudón. La presa le exige un esfuerzo. Por más que tira, no cede. El forcejeo no le da tiempo a pensar que él es la presa. Se deja arrastrar, hundir. Sumergido, sigue tirando. Hasta que, en el fondo, queda enganchado en la cuerda y, al manotear queriendo liberarse, lo enredan unas plantas del fondo. Después la corriente recobra la calma. Fluyo.

Toda chica linda tiene una amiga fea como quien tiene un amigo judío. Débora es la judía de Pili. Sos aceitunada, le dice Pili. Debo odia las aceitunas. Sefaradí, le aclara. Quisiera despegarse de ella, pero no puede. La envidia la atrae. Me traés suerte, le dice Pili. Una necesita cerca a alguien para que su belleza contraste, opina. Y ella escucha. Escucha y aguanta porque quiere ser como Pili, promotora de cosméticos en un shopping. En realidad, Pili es la mejor promotora de sí misma, piensa Debo mientras vende camisetas en una tienda de Once. Soy una *loser*, se dice. La odio tanto que sería capaz de lo peor. Y lo voy a hacer. No sabe qué será lo peor, pero de acá a la noche se le va a ocurrir. Por ejemplo, esta misma noche, esta misma noche, se promete, cuando vamos a Palermo. Estás divina, le dice Pili. Están en la barra y dos chabones se les acercan. El que le toca a Debo es un horrible. El chabón de Pili es pintón, tiene categoría y además un autazo. Se la lleva. Debo se queda parada en una esquina con el horrible. Mi amigo es el ganador y yo su descarte, le dice el pibe. Igual, si querés, hacemos algo. Debo, muda. Vuelve al departamento caminando el amanecer. Lo peor es que ni siquiera soy capaz de imaginar lo peor, se recrimina.

Primero pierde el trabajo, después, el auto y la amante. Más tarde la familia lo abandona y él abandona la casa. Queda en la calle. La primera noche lo encuentra deambulando por la ciudad, está a punto de dormir en un portal pero le da vergüenza, a ver si alguien lo ve, lo reconoce. Camina hasta que no siente las piernas. Se para ante una galería comercial ruinosa, boca de lobo. Entra en la oscuridad. Hay una escalera que baja. Y él baja. Adapta sus ojos a la penumbra. Qué busca, le pregunta una mujer que huele a perro. Dormir, dice él. Al fondo queda un lugar, le dice. Camina temiendo tropezar. Se mete en un local, muebles, cajones, tachos y cuerpos dormidos. Un chico choca con él y se pierde corriendo en la galería. La risita le da miedo. Ahora que sus ojos se adaptaron puede ver que los locales de este subsuelo, iluminados por el parpadeo de una vela o un farol, corresponden sucesivamente a una sastrería, un negocio de antigüedades, una cerrajería, un taller de compostura de calzado, una librería de usados, una peluquería unisex, un pornoshop, una tienda de disfraces, otra de fotocopias. Todos los locales convertidos en viviendas. El olor a manada le resulta denso. Pero se acostumbra. Solo quiere llegar al fondo. Según el letrero en la puerta de vidrio este local, el último, perteneció a un estudio jurídico. Tropieza con el colchón en el piso. Se deja caer. No le importa que huela a meo. El sueño lo vence. Lo despierta el teléfono. Otra vez se quedó dormido. Debe ser su jefe.

Escribe su diario frente al espejo. Siente que hay una sombra en su hombro, se proyecta sobre el cuaderno. Al mirar el espejo vuelve a escribir. Y otra vez la sombra en las páginas.

Porque el viento siempre viene a esta altura del año y el verano. Primero, esa brisa tibia una mañana temprano. Al mediodía, un aliento caliente. Como se da cuenta de que todos le tememos, se agranda filtrándose en los mínimos intersticios que quedaron abiertos en puertas y ventanas. Cerrados los dos o tres bares, el almacén, la comisaría y hasta la capilla. Ninguna novedad lo que ocurre en los respectivos encierros. Hombres que matan a sus mujeres, mujeres que matan a sus hombres, padres que matan a sus hijos y viceversa. Los viejos y los enfermos, con la astucia de la edad, ocultan un revólver o una escopeta bajo el colchón. En cuanto a los recién nacidos, mal momento el que eligieron. Los suicidas, por su lado, encuentran su oportunidad y no lo piensan dos veces, sin remordimiento se despachan al otro mundo. El viento dura una semana, a veces más: más dura, menos somos. Cuando por fin las nubes negras se alejan, cuando empezamos a salir a la calle para ver quiénes quedamos, cuando todo parece haber pasado, viene lo mejor. El resultado de las apuestas a ver quién aguantó.

Cuando la médica le detecta el cáncer le pregunta: Viniste sola. Yo quise, dice la mujer. Tenés familia. Mi primer marido está preso. El segundo, Dios sabe. Tengo hijos, tres varones y dos mujeres. El mayor está preso. Y la menor también. Tengo cinco nietos, dos varones y tres nenas. Más uno en camino de mi primera hija, cinco ponele. Todos en el mismo rancho. Bueno, por suerte no estás sola, le dice la doctora. Ella le contesta: Y por desgracia no es contagioso.

La profesora de música y artes escénicas le discute a la maestra de grado el castigar a los chicos por sus uñas largas y sucias, tan esenciales para la ejecución en guitarra. Entre ellos hay tres por los que muestra preferencia, músicos precoces, talentos por encima de la medianía. El impulso que les da a *Los Uñitas*, así bautiza al trío, los convierte en invitados de cumpleaños y casamientos y pronto despierta rencores en los guitarreros aficionados de los boliches del pago. Graban unos casetes. Los envían al concurso de un festival en la capital de la provincia. *Los Uñitas* son invitados a participar. En la mañana neblinosa de un sábado de agosto en que deben intervenir en el festival, primer paso hacia un estrellato soñado, mientras viajan en una chata por la ladera de un cerro empinado, *Los Uñitas* ensayan *Zamba de mi esperanza*. El chofer toma ginebra, aparta las manos del volante y acompaña con un aplauso. El vehículo se desvía hacia el vacío. Padres, familiares y amistades asisten al sepelio. La profesora conserva el recorte del periódico. El título del obituario es *Sueño del alma*.

Si querés investigar un secreto escuchá el silencio. Nunca vas a averiguarlo si de entrada se te advierte el interés por lo que pasó, si el culpable fue otro y otra la causa del drama. Es verdad, acá todos sospechamos de todos, pero si se avivan que curioseando podés perjudicarnos, la hendija se cierra. La mejor manera de averiguar es callado, esperando, sin entusiasmarse. Tenés que actuar como si te acercaras a un gato, despacio, dejando que él tome la iniciativa. Y después, cuando escuchás, prestale atención al ronroneo. Típico, cada uno te va a suministrar su propia versión del asunto y de paso, de refilón, la suya. Por lo general, unas pocas frases dicen todo. A veces, una sola, su tono. Previsible, hay que tener en cuenta que la trama tenés que armarla como un rompecabezas. Pero, te doy un consejo, prestale atención a la versión de quien te cuenta, porque su historia, si bien es una versión personal de los hechos y puede parecer secundaria, tal vez sea clave. Somos lo que contamos de otros, pero también lo que nos contamos.

Es la tarde de un sábado nervioso de primavera. Y él está nervioso. Está enamorado. Nunca antes lo estuvo ni sintió algo semejante. Tiene trece años. Y el trece, dicen, es un número de mala suerte. Ella nunca le llevó el apunte, piensa. Pero esta tarde aceptó su invitación a dar una vuelta por el parque. Tiene catorce. Y aunque es mayor que él, aceptó. De pronto hay sol, de pronto se nubla. Esto sugiere que los nervios del cielo son también los suyos. Se pregunta si debe preguntarle si la puede besar. Ahora está nublado. Se lo preguntará cuando asome otra vez el sol. Empiezan a caer unas gotas. Un trueno, la tierra tiembla. Y él también. Dame la mano, le pide ella. Corren bajo la lluvia, dejan atrás la plaza. Llegan a un alero. Las respiraciones agitadas. Ella lo mira, él la mira. Y tiembla. Ella se ríe. No puede dejar de temblar. Ella lo besa en la mejilla. Sale otra vez el sol. El temblor cede. Yo, empieza a decirle. Y se corta. Ya no llueve. Pero se nubla de pronto. Mañana me mudo, le dice ella. Al volver a su casa él se encierra en su cuarto. Y escribe su primer poema. Se llama *Nubes*.

Un psicólogo o un bromista dirían que su rollo con los ojos le viene de la infancia, sus padres oculistas, pero ella lo niega, no se trata de un problema personal con la mirada sino de los otros con ella que no dejan de mirarla, de quitarle los ojos de encima, y como no quiere ser vista se pone los lentes de sol, se los pone para ir al odontólogo y no se los quita una vez que entra, se sienta, la cartera en la falda, y se da cuenta, todos los pacientes de la espera se fijan en ella por más que disimulan, se hacen los que leen una revista manoseada, fingen porque no queda bien que se mire a una desconocida con tanta insistencia y ella, harta de la incomodidad, se levanta y, a pesar del dolor de caries, se va y en la calle otra vez ojos de hombres, mujeres, viejos, chicos, se apura, todos esos ojos en los suyos, que esperan que ella qué, qué quieren, para un taxi, se sube, y sabe lo que viene ahora, los ojos del chofer en el espejo retrovisor, ella vuelve la cara hacia la ventanilla, no aguanta más, que pare, le ordena, paga y se baja, no le importa cruzar el parque al anochecer, y lo peor viene ahora, en las sombras, aunque no se ven, acechan ojos, corre en la oscuridad que baja de los árboles, corre, corre y corre hasta que se le rompe un taco, se lastima las manos en la caída, agarra la cartera, ve unas zapatillas, un bastón blanco, el hombre con anteojos negros, un brazo, tanteando el aire.

No hay emoción mayor que detectar una emoción desconocida. Cuando se observa a los otros con la dedicación que yo les profeso, se alcanza un conocimiento profundo de la más diversa expresividad de los sentimientos, sus consecuencias, las posibilidades de extravío que manifiestan. No hay emoción que no registre ni clasifique. Las ajenas y las propias. Cuando viajo en subte me basta una mirada rasante a los pasajeros para detectar un parpadeo, un tic, un rictus, y considerar a qué reacción corresponde y si, acaso, es nueva o ya la tengo. La vastedad expresiva no es tan ilimitada como se pueda imaginar. Sonrisas, guiños, muecas, temblores, llantos, fruncimientos, crispaciones. Todos somos más parecidos de lo que imaginamos. Sin embargo, esta noche vuelvo al sótano de la escritura con un hallazgo. Una distinta. Contento, con una emoción única me apuro a volver al archivo. Al prender la compu me asalta la confusión ante los archivos, las carpetas, la labor de una vida de investigación desordenada por un virus. Un auténtico desorden mental. No solo ignoro cómo volver a clasificarlas todas, el trabajo arqueológico de años. Y lo peor, ignoro ahora dónde clasificar además de la nueva, la mía, este desconcierto del ser. Díganme qué se hace con una emoción traspapelada.

En madrugadas de invierno como esta que el frío sume en silencio las calles del Bajo, desde el pasaje de la vuelta suben hasta este departamento del noveno contrafrente las voces de los sin techo, sin comida, sin hogar y sin amor, borrachos o drogados o las dos cosas. Primero cantan, después discuten, después amenazan y después pelean hasta que alguno muere y entonces amanece, retorna la quietud hasta la primera hora de la mañana, cuando se pueden escuchar los baldes de los porteros lavando la sangre del adoquinado.

Desde que se conocieron, hace más de diez años no hay noche que no cojan. La vio por primera vez, la deseó y, diez años después, su deseo no ha disminuido sino que va en aumento. Cada tanto ella le pregunta si, además, él la quiere. Ella se lo ha dicho: no entiende su fuego. Solo te importa mi cuerpo, no la que soy. Esta noche él decide demostrarle lo que siente. Después de cenar, le dice que tiene trabajo, que permanecerá levantado hasta tarde, que será mejor después que duerma en el sillón del living así no la despierta. En la mañana, maltrecho, con una contractura, mientras desayunan, ella le pregunta cómo durmió. Y él le contesta que bien. Y vos, le pregunta él. Me hice una paja y me dormí como una bendita.

En la noche, vuelve al reducto que se ha convertido en su cuarto propio. Sus libros, una máquina de escribir portátil y una ventana que mira a las cúpulas de la ciudad. Pero no encuentra ni sus libros ni la máquina. Hay unos papeles en el suelo, sus poemas. Está sola en el edificio que, a esta hora de la noche, desierto, los pasillos oscuros, es ominoso. Escucha el ascensor, el traqueteo al subir. Se ha detenido en este piso. Tiembla. Se despierta llorando el grito que no pudo lanzar en el sueño. En la noche de julio llueve una lluvia apacible. Está temblando. Prende el velador. En la mesa de luz está la foto de su padre desaparecido.

Hace frío y llueve a cántaros. No debió salir a la calle con este tiempo, se reprocha. Llega empapado a la farmacia. La empleada es una chica, podría ser su hija. Se parece tanto a Roxana. Se pregunta cuánto hace que no la ve. La verdad, no la necesita. Están bien así, mejor, se dice. La receta también está empapada. La empleada la alisa sobre el mostrador de vidrio. No está el otro, pregunta él. La empleada no le contesta. Estudia la receta. El de anteojos, no está, pregunta. El joven que me atiende siempre. Inmutable, la empleada: El médico debió ponerle si es de cero coma cinco o de uno, dice la empleada. De uno, dice él. Lo siento, el médico no lo aclaró. Es un psicofármaco. No puedo venderle si no dice en la receta. Pregúntele al otro, el de anteojos. Lo siento, señor. No está más. Por qué no está. No lo sé. Cómo que no sabés, dice. Dame de uno, es lo que necesito. Lo lamento, señor, pero no. Su médico tendría que. Él la corta: Lo despidieron, decí la verdad. Era un buen chico. Pero este mundo no es para la buena gente. Abuelo, por favor. Abuelo la concha de tu madre. Dame de un gramo. La empleada baja la vista. Mirame cuando te hablo, Roxana. No me llamo Roxana, señor. Pero sos igual a ella, dice él. Sabés qué, no te necesito. No necesito nada de vos. Sale a la calle. Entra en el aguacero.

Mientras Jazmín va a la casa de Violeta se pregunta otra vez por qué sus padres las bautizaron con nombres de flores. No es que Jazmín tenga algo contra las flores. Es más, las dos mellizas, en sus casas contiguas, las casas chalet de dos plantas, simétricas, rebosan de flores. Jazmín se pregunta por qué los padres la bautizaron con el nombre de una flor inocente. A mí, que soy la oscura. Está nerviosa, transpira frío, huele a desodorante derretido, las axilas pegajosas. Cómo va a decirle a Violeta que su marido la engaña, y que no puede seguir ocultándoselo. Las cosas llegaron a un punto en que no puede aguantar la culpa que le da el secreto, sale a la vereda y se planta ante la puerta de al lado que es idéntica a la que ha traspuesto. Toca el timbre. Gritos de chicos, los mellizos, porque sus sobrinos son también mellizos. Violeta, seguro, cuando le cuente, va a presionarla para que le diga quién es la otra. Y entonces Jazmín juntará coraje. Menos averigua Dios y perdona podría decirle, pero no. Le dirá yo. Violeta abre la puerta conteniendo a los chicos que se abalanzan sobre su tía, la mira, le nota los nervios. Jazmín, le dice, como si supiera. Estás pálida, le dice. Le saca los chicos de encima como si fueran perros: Salgan del medio, les grita. Te sentís mal, le dice. Dame un vaso de agua, le pide ella. Qué tenés, contame. Estoy, le dice. Mirá si son mellizos, se ríe Violeta.

Iba a escribir fulgor del instante poético como definición del estado de salir al jardín recién despierto. Pero, en verdad, se trata de otra cosa: la visión como experiencia intransferible. En estos meses anduve metiéndome en la conversación entre Haruki Murakami y Seiji Ozawa. Un melómano coleccionista y un director con talento añoso. Pueden distinguir en ejecuciones de diferentes músicos, por ejemplo Rudolf Serkin y Glenn Gould, los impulsos y matices que los caracterizan en una misma partitura. Entonces evoco a mi padre sastre, la radio siempre sintonizada en LRA, interrumpiendo una costura sobre el caballete, al escuchar un pasaje de un concierto —creo que el mismo que refieren Murakami y Ozawa—. Mi padre alza los brazos conduciendo una orquesta imaginaria, se inclina amorosamente hacia el ingreso del piano. Es, en efecto, el concierto Nro. 5 para piano y orquesta, llamado *El Emperador*, de Beethoven. Tengo diez, quizás menos, ocho, siete. Pasado el tiempo, a los setenta y tres no puedo escuchar ese concierto sin pensar en mi padre, su lección de aficionado que consiste en decirme: Escuchá ahora, sentí, sentí. Y se trata, obvio, de sentir una experiencia intransferible que no es, sin embargo, la misma en el sastre que en su hijo que esta mañana nublada y tibia de enero abre la puerta que da al jardín, camina en silencio hacia el follaje y los primeros trinos, esta mañana en la que busca diferenciar un zorzal de un gorrión.

De este lado los frentes de las casas bajas de ladrillo y techo de chapa está el nene de cuatro años que junta cartuchos: los dispone en una fila como los efectivos que avanzan más allá sobre los ocupantes de ese campo fiscal donde levantaron sus tiendas y casillas y ahora después del fracaso de las negociaciones entre sus representantes y los funcionarios del gobierno provincial mientras se oyen los disparos a quemarropa y los taponazos de los gases lacrimógenos nublando el aire temprano de esta mañana al imponer el desalojo de las familias desoladas que no resisten el embate de los escudos y los bastones que derriban a golpes a quien se les anime aunque son escasos y son más las siluetas apenas visibles que huyen baleadas en la humareda mientras arden las taperas destruidas por topadoras imparables sobre las ruinas del campamento incluyendo pertenencias personales como los juguetes pisoteados de los chicos que corren de la mano de sus madres y una embarazada tropieza en el barro y cae en un charco y se le escapa el nene que arrastraba de la mano porque quiere volver atrás y agarrar el revólver de plástico que perdió bajo unas tablas y empuñarlo para apuntar la represión que se cierne sobre él dejando atrás ese otro nene de este lado que camina tras los borceguíes juntando los cartuchos y fantasea que cuando sea grande a él eso no le va a pasar porque se hará policía.

Aplica un vaso contra la pared y procura escuchar al otro que, detrás de la pared, del otro lado, imagina, debe estar también aplicando un vaso. Cada vez que escucha sonidos se precipita, vaso en mano, hacia la pared. A veces los sonidos se oyen de día, a veces por la tarde y otras, cuando con más nitidez cree oírlo, de noche. A veces, cuando escucha al otro, le copia el sonido. Si él se detiene, sobreviene el silencio del otro. Hasta que otra vez lo puede oír. No es lo mismo oírlo que escuchar, piensa. En el oír no existe la intención de alerta, aunque en el último tiempo, cada vez más, se da cuenta, los sonidos del otro lado, aun los menos perceptibles, lo electrizan disponiéndolo en estado de alarma. Cree escuchar que del otro lado el otro abre la puerta y sale al corredor, lo imita. Se encuentra de frente con el portero. Le pregunta por su vecino. El portero lo mira con ojos de sospecha. Ningún vecino, le dice. La expresión de sospecha lo bloquea. Nadie, pregunta. Nadie, le dice. Nadie, repite el portero. Vuelve a entrar, mira la pared durante un rato. Por fin cree escucharlo. Esta vez no logrará engañarlo. No resulta difícil perforar la pared de un departamento que es un palomar. Espía la oscuridad por el boquete. Como no consigue ver más que oscuridad, agranda el agujero hasta que puede introducirse y pasar de este lado. En efecto, no hay nadie. Oye un ruido. Viene del otro lado de este otro lado. Busca un vaso.

Que esta relación te había cambiado, decías. En un adulto me habías convertido, íbamos a envejecer juntos. Yo ya era viejo, tenía cincuenta y tres y vos veintiséis. Que sin mí al lado no hubieras progresado como fisioterapeuta. Fotos de luna de miel, viajes. Me enseñaste la paciencia, decías. Lo único que puede enseñar un viejo, te contestaba. Pero al año de convivir las cosas se fueron deteriorando. Digo las cosas, pero debería decir yo. Me costaba diseñar, se me cayó el proyecto del country, tuve que cerrar el estudio. Con mi padre no pude estar cuando se lo detectaron, me contaste. Cuando me repusiera, las islas griegas, te prometí. Eso, vamos a ponerle onda, decías. Te costaba venir a la clínica mientras me quedaba pelado y puro hueso. Vos tenías tus cosas, no hacía falta que me lo dijeras. Podía entenderte. Pero ahora vuelvo de la clínica y encuentro el departamento vacío, no estás, el mensaje en el espejo del baño: Te dejo, con tu letra de mierda en resaltador rojo. Solo eso: Te dejo. Y yo te aclaro que dejar se deja un electrodoméstico usado en la calle. Pero no te vas a librar de mí. Te lo digo mientras escucho a Chabela, tomo vodka, vacío los blísters, machaco la pasta y tomo vodka. Tan Almodóvar lo mío. *Absolut*, nombre presumido para un vodka, te burlabas. Vos eras de la birra y el fernet, signo de los tiempos. Stalin tendría que llamarse. El amor es un absoluto, te decía. Soy de otra generación, explicame, papi, me decías como si hiciera falta. Yo no te dejo nada, te lo garantizo. Donde vayas voy a estar. Absolutamente, nene.

Converso con otra enfermera, la nocturna. Una morochita jujeña de hablar suave. Tiene treinta y dos años, dos hijos y es viuda. Hace dos años, una tarde de lluvia cerrada, venía de Pilar, donde vive, a trabajar acá en la uci, la unidad de cuidados intensivos: venía en un uber, lo chocó un camión. El impacto fue de su lado, el auto rodó, ella quedó inconsciente. El golpe le causó un coágulo en el cerebro, tres meses de reposo, kinesiología y rehabilitación prolongadas, tratamiento psiquiátrico, medicación. Desde entonces vive atrapada por la telaraña de trámites judiciales debidos a la denuncia del accidente. De todas las chicas de la unidad es la que más se desvive atendiendo al pibe del compartimento último, el pibe del tajo en el cráneo que también tiene un coágulo en el cerebro, además de covid, y que, recién me contó ella, tiene veintitrés años, es profesor de gimnasia pero no podrá volver a ejercer en su vida. Hermanito, lo llama ella cuando lo atiende.

En la mañana nublada sale a caminar no obstante este cielo de tormenta. Se sorprende caminando junto al paredón del cementerio. Ahora llovizna. Detrás de ese paredón, se acuerda, está su amigo de años. Lo que nunca dijo, se acuerda. Nunca se animó. Hay un viento frío. Quién dijo que entre amigos no hay secretos. Nunca, después de su entierro, ha vuelto. Imposible saber dónde está. En la entrada hay una señora atendiendo el puesto de flores. Le pregunta si estará abierta la oficina donde consultar la ubicación de su amigo. Si no estuviera abierta, le dice, quién atiende a los difuntos. La florista, maternal, lo agarra de un brazo: Venga. Una vergüenza repentina, parecida a la culpa, lo detiene. Está lloviendo, se justifica. Mejor otro día. Vuelve atrás, se detiene frente al puesto, mira las flores, vacila. Pregunta los nombres. Cambió de idea, le pregunta ella. No, le miente, son para mi novia. Entonces lleve estas, la mujer levanta un ramo. Son las más vistosas. La mujer recorta los tallos, las envuelve en un celofán con unos corazones impresos. Llueve más fuerte. La mujer se cubre con un nailon transparente. Duran una eternidad, le dice ella. Él se aleja junto al paredón, se apura. Se da vuelta. La mujer ya no puede verlo. Tira las flores.

Decimos que ella es mala y él idiota. La verdad, no nos importa demasiado cómo son porque basta verlos cuando, cada tanto, bajan del bosque al pueblo y apartamos la vista. Ella, desgreñada, cejijunta, dientuda, viene adelante y él, bajo, rumiante, fornido, rezagado, detrás. Caminan sin mirarnos. Entran al almacén, hacen la compra, salen y se van hasta dentro de unos días. En cada visita los miramos con lástima, asco y rencor. Les tenemos lástima porque ninguna ayuda puede librarlos de ser como son, además, ninguno de nosotros, hay que decirlo, se acercaría a ellos. Les tenemos asco porque son mugrientos y apestan como animales, es decir, como oleríamos nosotros si no usáramos jabón. Y les tenemos rencor porque, a su modo, en esa animalidad carecen de pudor al mostrarse como se muestran. Es decir, los odiamos por esa libertad de no privarse de expresar sus sentimientos en público y mejor no pensar lo que deben hacer allá arriba, en el bosque, si se piensa que pueden ser no tanto hermanos como madre e hijo. En verdad, no nos importa tanto qué clase de vínculo puede unirlos como constatar que no son un buen ejemplo para nuestras familias y, en especial, para nuestra descendencia. Así que nos hemos reunido en la iglesia y empezamos a planear. Una noche subiremos al bosque y entonces, ya verán, no volveremos a verlos.

Cuál es el sentido de los cuentos que me vienen, qué los conecta, cuál es la afinidad que puede volverlos una unidad más compleja, una coherencia que se me rehúye por debajo de lo explícito de las tramas. En otra época pensaba que narrar era simplemente contar historias, y no prestaba atención a una cuestión evidente, que las historias no son buenas ni malas por el pathos de las mismas sino por cómo se cuentan, es decir, la detección de una voz que las emparenta y que no es solo la técnica para encarar un relato. Hoy creo haber aprendido que uno es el que menos puede dar cuenta de lo que escribe, que la escritura sabe más que su autor. A medida que empiezo a escribir tal o cual historia, la obsesión me puede. Soy sincero, me pregunto. Soy honesto, me pregunto. Soy yo, me pregunto. Y también: acaso comprendo a los personajes, las situaciones. Estoy camino a esa verdad que ignoro, que es y no es el final de la historia y, lo admito, nunca habré de saber. *Demasiado cerca desaparece*, diría Dal Masetto. Cuanto más creo acercarme, más me alejo. Cada vez es más lejos de mí.

Ella duerme en la semipenumbra del amanecer. Aún no es de día, la claridad es tenue y son más relevantes las sombras. No obstante, la niebla en que está sumido el cuarto, su brazo desnudo, la mano en la cara como protegiendo los ojos cerrados y la oscuridad buscada. Él la ve más pálida, su piel traslúcida, cuando le saca una foto mientras ella sueña que él, a su vez, duerme en la misma posición que ella. Al disparar la cámara y, como respondiendo al clic, soñado por ella, él gira hacia la ventana por la que entra la primera luz del día, una luz tenue, se da vuelta y respira grave mientras ella, en puntas de pie, sale del cuarto contenta, como si huyera de un sueño robado, haberlo fotografiado mientras duerme.

Hubo días en que la tormenta dio vueltas, amenazó con desencadenar un diluvio, truenos, rayos y relámpagos que hicieron temblar los cimientos de las casas de este barrio de calles desiertas y arboladas, pero después vino esta calma que camino en la mañana temprano preguntándome si los vecinos estarán en sus casas muertos de miedo detrás de las rejas y persianas bajas aguardando que una catástrofe inminente descienda de ese cielo que, desde el viernes, se transformó en una masa oscura, compacta, amenazante, y lo que más angustia no es la tormenta sino su espera, la clase indeterminada de fenómeno que ronda sobre los techos, los jardines, los pájaros aplacados, sus trinos distantes espaciados, como si supieran lo que se viene, lo que augura esta atmósfera densa que se espesa cuadra a cuadra a lo largo del paredón del cementerio, los eucaliptos sombríos, el aire húmedo y turbio, una sensación de estar sumergido en un fondo, ser de un agua que es y no es el río que está no muy lejos y puede olerse en los suspiros de una brisa barrosa, y escucho mis pasos en el asfalto húmedo, levanto la vista esperando que ese toldo gris que aplasta el paisaje revele un indicio de cataclismo, porque al final uno termina ansiando que esta espera se termine, que venga de una vez lo que tiene que venir así que levanto una piedra y la tiro fuerte hacia lo alto aun sabiendo que no hay chance alguna de romper el corazón del cielo.

Viaja sentado en el último asiento del último vagón del último tren nocturno. La luz va y viene, pero más va. Y en los momentos largos de oscuridad mira por la ventanilla, que es cuando más se distinguen algunos contornos en el exterior. De vez en cuando, remota, una luz. Le gustaría dormir y olvidar. Finalmente se duerme. Lo despierta la quietud, el tren detenido en medio de la noche. El único pasajero no tiene a quién preguntar qué ha ocurrido, dónde se encuentra. No se anima a bajar del pescante. El frío le lastima la cara. Aventura unos pasos al costado del vagón. Camina al lado de los vagones hacia la máquina. Si bien la cabina está iluminada no ve a nadie. No quiere dejarse ganar por el miedo. No grita ni un nombre ni una palabra. Grita un sonido desesperado y no se escucha. El pasajero despierta sobresaltado. Ha soñado que era el único pasajero del último vagón del último tren nocturno y, en efecto, lo es. Esta realidad en la que ha despertado es idéntica a la del sueño. Baja del vagón. Camina hacia la máquina. Nadie. Está por repetir el grito pero no, la posibilidad de un despertar repetido lo frena. Por tanto, echa a caminar en la oscuridad. Camina sin mirar atrás. A su espalda el tren empieza a moverse. Se da vuelta, corre para alcanzarlo. Pero el tren ya está demasiado lejos.

A su obra Dermisache la llama grafismos, y le cuesta hablar de sus cuadernos como obra. Si le piden una definición dice que lo suyo es gráfica, y no parte de la intención de colgar. Para problematizar ella tampoco admite que en sus grafismos se lea más allá del impulso: el impulso de la grafía y el receptor que provoca. Porque en su gráfica no hay lectura. Sentimientos, en todo caso. También, para aclarar, dice que llama gráfica lo que hace para no tener conflicto con los plásticos. Sin embargo, el efecto de su visión apunta directamente al conflicto. La espontaneidad con que compone sus grafismos está más cerca de la intuición del haikú o el sumie que de las lucubraciones de un artista occidental. Es que hay algo tan zen en ella. Basta observar cómo en su taller austero circulan en unos cuencos blancos distintas clases de té, desde el lapsang hasta uno que le trajeron de Nepal. El director Hugo Santiago contempla los grafismos y reflexiona: El único que puede ver lo que hay acá es Borges, pero está ciego.

Vino con el frío. Me hizo acordar a mí, cuando tenía su edad y me pagaba los estudios como acompañante de viejos achacados. Así, entró en esta casona donde tuve marido, hijos, una familia. Ahora me sobran las habitaciones y los achaques. Soy viuda y mis hijos se fueron a otros países con la excusa de ser alguien en otra parte, pero lo cierto es que se fueron porque no me aguantaban. Es cierto que soy muy estricta en todo, pero no una maniática del orden. Las cosas son como son y esta es la verdad. La nueva, apenas entró, tiritando, me encantó y la primera impresión es la que cuenta, como en el amor. La quise como una hija. Lo que más me gustó de ella es que ni se la sentía. Aparecía cuando la necesitaba, sin que tuviera que llamarla. Me acercaba las muletas, me tenía listo el té cuando lo quería como si supiera que estaba por pedirle una taza. Y los remedios, siempre puntuales, a la hora exacta, siempre el que correspondía. Una sombra a mi servicio. Pero todas estas virtudes que, al principio, me encantaron, con el pasar de los días me despertaron una inquina. Me pregunté qué la hacía ser como era, una sombra. Empecé a sospechar. Y a controlar sus movimientos. Su simpatía me resultaba actuada. Por probarla, empecé a esconder algunas cositas, pequeñeces. Le preguntaba si las había visto. Ella las buscaba con empeño. Y descubría en seguida dónde yo las había puesto. Entonces, por precaución, decidí andar con una tijera en el bolsillo y cuando me voy a acostar la deslizo bajo la almohada. Pero ahora, esta noche, no la encuentro.

El papelito entre los dedos. Por qué número van. Hay que tener paciencia. Cada tanto alguien tose. Conversaciones en voz baja. Se habla de enfermedades. Pronuncian las terminologías médicas con el respeto que otorga la ignorancia del cuerpo. Cada tanto alguien suspira. Cuentan el caso de un pariente. Mencionan especialistas. Al nombrarlos sugieren una relación íntima. Cada tanto alguien carraspea. También está lo que le pasó a un vecino. Qué número dijeron. Enfermedades con apellidos de extranjeros. Y ni hablar de lo que sufrió un primo. Enumeración de medicamentos y dosis. Hay que tener paciencia, dicen. Pueden olvidarse el nombre de una calle pero no del texto de un vademécum. El tiempo transcurre lento. Si supieran las que pasó mi tía. Cada tanto alguien tose. Por qué número van. Mi finado padre la pasó peor. A veces un silencio se estira. Yo vine temprano, dice alguien. Lo que importa es ser paciente, reflexiona uno. Paciencia es lo que sobra. Qué apuro hay. Cada tanto alguien cae. Por qué número van.

No pienso más que en el daño que me hacés yendo de santito. Necesito tomar aire para decírtelo. Cada vez que lo pienso se me corta el aliento. A mí me puede costar la respiración pero igual huelo, huelo perfectamente ese perfume de jabón de telo con el que volvés. Pero mejor me callo. Y si me callo, por no reaccionar me viene esta opresión que me cierra el pecho. Al principio pienso que ya va a pasar, pero no pasa. No solo no pasa. Agarro el asmopul. Se me agudizan las torpezas, cometo errores involuntarios, se me caen las cosas de las manos, equivoco las palabras. Chufi chufi. Y el aire que me falta. Mi analista me lo dijo: No es solo el asma, Irene. Usted está prisionera en una relación asfixiante. Sabés lo que más me indigna, querido, te dije hace unas noches, la compasión con que me mirás cada vez que me viene otro ataque. Y vos con esa expresión de yo qué hice pero sabés. Vos me provocás los ataques. Basta que me mires así perdonavidas para que se me cierre el pecho. Entonces te vas a dormir y me dejás hablando entrecortada. Pero antes me pedís por favor que no te abra demasiado la ventana, que hace un frío bajo cero. Una noche de estas, cuando te duermas, en vez de abrir la ventana abro el gas, salgo del departamento, bajo a la calle y respiro el aire de la noche. Y no importa que sea un aire mugriento. Es más sano que el de este departamento.

Llueve y no para. El aguacero es tupido, monocorde, aunque a veces, por el viento, parece exaltarse, cobrar furia. Si truena, la furia aumenta. La cortina de agua ondea con violencia hacia un lado y otro, se arremolina y después de un instante en que parece amainar, la tormenta recupera su furia y se lanza contra paredes, vidrios y ventanas. Esta mañana tampoco se ve a nadie en las calles. Los pocos autos a la vista, estacionados. Las calles, riachos turbulentos que nadie se anima a atravesar. Hace un rato largo que miro la tormenta desde la ventana de mi departamento en el primer piso de este edificio a mitad de cuadra. Cuando empezó a llover envueltos en el agua, los negocios tenían una luminosidad espectral que también podía ser apreciada como romántica. Pero ayer cerraron como si el mundo se hubiera precipitado en el diluvio final. Así que lo único que se ve es la calle muerta y el aguacero en blanco y negro. La vista habría permanecido ofreciendo cierto encanto de no ser por ese chico que hace unas horas surgió por la esquina, vino corriendo por la vereda de enfrente, pareció tropezar a la altura de la parada de colectivos y allí se cayó. Más bien, diría, pareció derribarlo una fuerza ciega e invisible. Y ahí, boca abajo, quedó. Nadie salió en su ayuda y no creo que se deba a que no lo vieron. Es que llueve demasiado.

Cuando uno tiene un vicio y se contiene es peor que cuando se deja arrastrar por la compulsión. Papá, hay que decirlo, era un ser sufriente. Se aguantaba todo el año, y solo él sabía lo que era aguantarse, pero cuando venía el verano, cerraba el taller y viajábamos a Mar del Plata. Para mamá empezaba el calvario. Mientras nosotras nos instalábamos en una carpa de la Bristol, papá se quedaba en el departamento. Vayan y disfruten, nos decía. Yo me voy a comprar unos zapatos. Para qué, Abraham, le decía mamá, si vos no tenés los pies en la tierra. Si después de yugar el año entero no puedo comprar unos buenos zapatos, para qué vivo. Eran la cábala de papá. Como si tuvieran vida propia, los zapatos nuevos lo transportaban hacia el casino. Después, mientras nos arrebatábamos en la playa, mamá se quedaba en la carpa comiéndose las uñas. No iba a ser la primera vez que tuviéramos que interrumpir las vacaciones y volver todos al taller. Ese mediodía volvimos al departamento porque se había nublado. Sonó el teléfono. Mamá dijo no varias veces. Y después sí. Me dijo: Raquel, cuidalo a Isaac. Otra vez nos volvemos, preguntó Isaac. Mamá llegó al casino, le dijeron que el hombre había sufrido un accidente. Así le dijeron. No llegó a dar sus datos antes, le dijeron. Estaba cubierto por una sábana blanca. De la cabeza a los pies. Bueno, los pies no. No hizo falta destaparle la cara. Mamá se dio cuenta por la suela nueva de los zapatos.

Cuando todas las puertas se cerraron abrí la ventana. No tuve que hacer demasiado esfuerzo, siempre había estado entreabierta. Y Emily Dickinson siempre había estado allí. *El derrumbe no es repentino / ni una detención abrupta*. Nunca antes había experimentado tan en todo lo que ella me transmitía, hasta el zumbido de una mosca al morir. La inminencia del final también siempre estuvo, solo que ahora todos parecían darse cuenta. Durante dos años, todas las mañanas, escuché lo que tenía para contar esa muchacha que nunca salió de su casa patriarcal y menos de Amherst, su pueblo. Mientras el encierro se prolongaba aquí estaban el silencio y la escritura, los momentos de reflexión. *La ruina es parsimoniosa, / lenta y constante. / No es un resbalón, / es la ley de la caída*. Por las noches, en la quietud del barrio, a unas cuadras, el cementerio exhalaba una brisa de flores podridas. La diferencia entre desesperanza y miedo, pensaba Dickinson, es la misma que hay entre el instante del naufragio y cuando el naufragio ya pasó. La brisa que respiraba en las calles producía un efecto similar al desgarro sereno que describe Dickinson. Nada más que agregar, lo que quiero decir, ella lo dijo antes y mejor: *Sentí un tajo en la mente*.

Toda una vida juntas, haber pasado por las mismas circunstancias, sentido lo mismo, después de eso que experimentaban enamoradas al mirarse en la coincidencia, idénticas en el espejo, y comprobar que no había diferencias entre una y otra, y todo eso ahora parece haberse empañado y no comprenden cómo si hasta el lunar junto al pezón izquierdo tienen en común, las fascinaba, y aun cuando la similitud pudo ser problemática le extrajeron múltiples ventajas a partir de la confusión que generaba el ser iguales, por ejemplo: reemplazarse confundiendo a las prójimas haciéndose una pasar por la otra y, considerando que habían sido múltiples los beneficios de la confusión, una forma de superar los celos, no obstante, con los años de convivencia, no habían conseguido librarse de esa tristeza insondable y pegajosa de no ser únicas y, como la eliminación de la otra no cabía en sus sentimientos ya que el amor entre ellas era hondo, incondicional, al límite, deciden que la única forma de dejar de ser copia que empezó a ganarlas a cada una por su lado es decirse adiós, que una mañana de lluvia una resuelva marcharse para siempre y camine hacia la estación y la otra se quede, pero no, y ahora mientras una camina hacia el andén, al acercarse la locomotora se arroja a la vía, la otra, en ese mismo instante, baja al subte, se para en el andén y cuando la formación viene se tira.

Nada perjudica el mecanismo del pensar como indagar el motivo que causa un problema determinado, por ejemplo, este asunto del porqué encadenarse uno a una variedad sinfín de instantes pasados entre los que importa situar cuál fue el principal, el origen, el causante que, por hache o por be, lo induce a uno a andar rumiando frases que, en superficie, pueden resultar inconexas pero, si se las tiene en cuenta una por una, si las analiza y desmenuza observando cuál es la conexión entre unas y otras y de qué modo, en ese vínculo, puede vislumbrarse un movimiento fugaz que esconde su razón de ser, ese lugar donde, precisamente, puede detectarse el origen del problema, un desplazamiento sigiloso, disimulado, que busca permanecer inadvertido no sea cosa que, al ser descubierto, se extinga su poder y, justamente en este punto, conviene detenerse no tanto por la imposibilidad de continuar investigando como por la necesidad de una pausa que se impone para reflexionar, no dejarse arrastrar por la ansiedad, ese vértigo que produce saber que se está cerca de algo que por fin neutralizará la angustia del perro que se quiere morder la cola y empieza a quitarse la camisa, la camiseta, el pantalón, los calzoncillos, las medias y los zapatos y, agachándose, en cuatro patas, gruñe provocando a su perro, se acerca a su plato y, disputándole el hueso, lo amenaza mostrándole la boca espumosa, los dientes, lo chumba, desafía y ataca.

Cuando su madre lo llevó a sacarse la foto de la primera comunión, camisa blanca, cuello eton, corbata bordó, saco azul, una guarda blanca en la manga, pantalón corto gris, las manos con un librito de rezos nacarado y un rosario de perlas, enceguecido por la lámpara, al mirar fijo la cámara, el pajarito invisible, escuchar su aleteo, el pibe supo que no quería estar de este lado, prolijo, peinado a la gomina, sonriente, sino del otro, el lado de ese hombre en la sombra que, con seguridad, veía en él más que un pibe obediente que se dejaba retratar mientras imaginaba cómo sería cuando fuera un hombre y pudiera manejar una cámara. Entonces, pensó, aunque no con la claridad que después lo pensaría, con deliberación, en su objetivo: fotografiar eso que los otros pretendían ocultar cuando sonreían hacia una cámara, eso que no veían siempre de sí, en especial cuando no se daban cuenta de que eran observados. Fotografió hombres y mujeres, fotografió ricos y menesterosos, fotografió ciudades y desiertos, fotografió siempre en blanco y negro aunque se daba cuenta de que la realidad no era ni blanco ni negro sino que esos extremos eran complementarios, paraíso e infierno, una sola cosa. Lo que perseguía, una verdad, se encontraba en los grises. Pero, al profundizar en su estudio de los grises va advirtiendo que, en el primer plano, hay una radiación que no proviene del blanco sino de otra cosa, un titilar iridiscente que parece insinuarle la invisibilidad de lo visible. Escucha un batir de alas. Puede verlo volar con los ojos cerrados.

Encontré el libro de Roberto Calasso sobre Bobi, su maestro y amigo. Vivía modestamente, rodeado de libros y con un *I Ching* siempre a mano. Se resistía a escribir: ya había demasiados libros y muchos bellísimos. Dejó inconclusa una novela y perduraron sus notas, informes editoriales. En más de un aspecto su biografía me recuerda la de Juan, quien después de publicar varias novelas y abandonar su trabajo de editor, cuando vino a radicarse a este pueblo costero para reponerse de una enfermedad me confesó que estaba seco para la ficción. Había mudado su biblioteca de la ciudad y estaba dispuesto a leerla entera, en especial la literatura rusa y centro europea. La figura de Bobi Bazlen —lo nombraba a menudo — lo obsesionaba. Escribir ficción ya no le interesaba, decía. Se puso a escribir sobre escritores y publicaba sus notas en el diario. En los libros que me dejó busco leerlo con su mirada. Todo pensamiento profundo debe comenzar por la desesperación, había subrayado en Shestov. Escribía dando a entender que no volvería a la ficción. Sin embargo, sus notas en el diario respiraban más ficción que biografía o crítica. Al releerlas compruebo que hablan de la fascinación por existencias aventureras, las vivía como propias mientras su vida transcurría en el ámbito de lo doméstico y familiar. A su modo, esta fue como la de Bobi, una aventura secreta.

Apenas heredé nos mudamos a este caserón que fue de mis padres y mi marido, desde entonces, como si el caserón se lo impusiera, se la pasa leyendo terror. Por qué no hablamos del divorcio, le pregunto. Pero no me lleva el apunte. Le interesa más la novela. En vez de contestarme, me lee. Cuanto más le pregunto, más lee en voz alta. Nunca me asustaron las historias de terror, así que no es eso lo que me asusta sino la forma en que me mira cuando levanta la vista del libro. Si me resisto, se ríe y me sigue, leyéndome. Me río de los nervios. Por todas partes me sigue, por la sala, los corredores, las escaleras, la biblioteca, los dormitorios, los baños, la cocina, la despensa, el altillo, o bajando, el sótano, otra vez las escaleras, el corredor. Y también por el jardín, entre las plantas. A los gritos me río. Y él detrás, leyéndome asesinatos truculentos, mutilaciones, envenenamientos, fosas, cadáveres, huesos, colmillos, el miedo en letanía, como si me quisiera decir lo que está planeando. Voy a morirme de esta risa. Ya sé que tendría que escapar antes, tal vez esté todavía a tiempo pero es que la casa está a mi nombre.

No mires que se van a dar cuenta de que los observamos. La clave de nuestro trabajo es el disimulo. Que nadie advierta que lo controlamos. Somos su sombra, así de inseparables. Cada uno de sus movimientos, cada uno de sus actos, cada uno de sus mínimos gestos, hasta los tics, y también sus comentarios, los susurrados, confidenciales, y ni siquiera sus silencios, porque nada es más peligroso que la mudez, nada, ningún detalle se nos puede escapar. Algunos imaginan que sin abrir la boca dejan de ser sospechosos, pero no. Todos son sospechosos, incluyendo los que van de buenos vecinos y respetuosos de la ley, esos los peores. Pero hay una categoría más aviesa: los denunciantes. En más de una oportunidad alguien que viene a traernos una sospecha resulta ser uno que calcula que con esta estrategia ganará nuestra simpatía y quedará fuera de nuestro alcance. No hay fuera de nuestro alcance. Estamos en todas partes, también allí, en el rincón más oscuro y sórdido, donde todos ocultan tanto los pecaditos que imaginan perdonables como sus secretos vergonzosos. Nadie puede ocultarnos ni su pasado ni su presente y menos, su futuro, siempre previsible, tal es el poder de que disponemos. Es decir, no es posible confiar en nadie. Ni siquiera en nosotros. No mires, se van a dar cuenta de que sabemos que nos están mirando.

Cada uno tiene la familia que tiene. Y yo no le puedo echar la culpa de mis fracasos a mis padres, dos luchadores. Se quejaban de que nadie los reconocía, que no había papeles dramáticos para ellos. Pasábamos necesidades, me acuerdo. Un órgano que no se usa, se atrofia, decían. Se la pasaban entrenando Strindberg. Me acuerdo de aquella mañana de verano que se levantaron contentos, hicieron un bolso y se fueron radiantes. Los habían contratado para una película que se filmaría en el Delta. Cuidá a tu hermana, me dijo mamá. Sos un hombrecito, dijo papá. Ya tenés doce. Tenía cuarenta cuando descubrí el video en un *site* porno. Podían haber sido otros, pero eran ellos, más ellos que nunca. Desnudos, entre otros cuerpos. Mientras hacía una felatio, mamá espantaba un mosquito. Se los veía felices. Me pregunté si actuaban. No parecía. Pasó el tiempo. Papá murió el año pasado de cáncer. Y mamá está en un geriátrico. Nunca le conté a mi hermana ni voy a hacerlo.

Hay un poema que le da miedo, ese de Raymond Carver a su lapicera: *La lapicera que no faltaba a la verdad / por todas sus preocupaciones / terminó dentro del lavarropas*. Si estos versos lo impresionan no se debe solo a su realismo concentrado. Lo intimida la sombra de amenaza que Carver plantaba en sus cuentos, amenaza que se cierne sobre ese objeto, una sombra tal vez premonitoria. Eso lo acobarda. Y lo vuelve a confirmar esta mañana al ver la lapicera inerte junto al cuaderno.

Esta noche, en la terminal, al abordar el micro a la costa, se pregunta qué hacer con el pasaje de ella. Viajará con el fantasma, decide. Se pregunta quién de los dos, al amanecer, bajará del micro.

Esta mañana me desperté y no se veía nada, la niebla escondía la ciudad entera. La densidad se había tragado también los sonidos. Bajé a la calle y no me crucé con nadie. Ningún auto tampoco. Los que encontraba estacionados estaban vacíos. Me paré en una esquina y miré alrededor. Escuché el cambio de luces del semáforo. Caminé cuadras sin toparme siquiera con un perro o una paloma, lo que tiene una explicación, me dije, los perros no están en las calles, están encerrados con sus dueños y las palomas no vuelan cuando no se ve el cielo. Caminé pensando que en algún momento saldría el sol y encontraría a alguien. Al pasar por una vidriera quise verme en el reflejo. No me vi.

Si algo bueno tiene la cola interminable de hombres y mujeres, incluyendo también niños, que arranca desde la puerta del ministerio es que, al ser tantos, nadie puede sentirse solo, y quién te dice, intimando, al ser tan prolongada la espera, a veces desde antes que amanezca, todo el día, sin querer, en una de esas hacés una amistad y, por qué no, encontrás el amor y encontrás a quien necesitabas. Eso sí, hace falta paciencia.

Parece que llegué a esa parte de la vida en que se olvidan las caras de los muertos. Y no solo. También se olvidan las voces, para muchos tan importantes. Esta es también la edad en que se olvidan los cuerpos, los modos, esos gestos que eran característicos de tal o cual ser querido. En la volteada de esta falla de la memoria caen también los olores. Es una ilusión creer que al sentir el perfume de un jardín uno podrá recobrar un perfil, un resto de alguien. Menos aún vale reparar la pérdida al buscar esa caja de zapatos donde se guardan las fotos de todos los que, cuando estaban por acá, resultaban con frecuencia desconocidos. Las imágenes, paradoja, han vuelto más extraños a quienes se pensaba tan cercanos. Con frecuencia puede pasar que al repasar esos paisajes o interiores se siente que corresponden a un país que no figura en ningún mapa. Poco a poco nos damos cuenta de que es imposible proponerse recordar a fulano o mengana y más vale resignarse, darlos por perdidos de una buena vez. No es que no solo no quede nada de ellos en uno. Es que uno, al dejar de ser en ellos, lentamente va siendo también olvido. Así que, disculpame, no es mala voluntad, pero, a esta altura, para tranquilidad de los dos será mejor que nos despidamos acá.

Amanece cuando clava el auto afanado en la entrada de la villa todavía dormida y se baja, estira las piernas después de la noche larga en que no le quedó otra que boletear al cheto ante la preñada y los pibes. La villa no duerme, sueña. Sueña lavarropas, zapatillas o tarasca para un tetra. Esto piensa él que va a poner la guita del afano en el club, darle una oportunidad a la canchita, a los pibes, sacarlos del barro, que crezcan limpios en el deporte y encuentren un camino, se dice, mientras pasa por un galpón de autopartes, un service de audio y tevé, un mercadito que está abriendo, y ese kiosco donde hay una pibita remanija porque fumó porquería y los guachines fuman paraguayo, le dan callados a la birra, lo miran y él les guiña un ojo, sigue de largo, piensa que a esos quizás ya no los puede salvar de que no sean como él, pero le caben otros, y sigue de largo, quiere pisar el campito que pateó cuando era como esos guachis que lo siguen callados y no se espera el botellazo, lo ponen boca abajo, contra el césped, lo clavan, le encuentran la nueve, le sacan la guita que ni se imaginaron y que se desangre el boludo y rajan. La pendeja remanija se le para al lado, lo mira, contenta le dice: Fuiste.

Treinta y siete años juntos cumplimos mañana, me digo en el espejo. Treinta y siete cuando nos despertemos. Bodas de piedra, son. Como no pudiste conseguir una mejor te conformaste conmigo. Y lo mismo me pasó a mí. Al espejo se lo digo. Por supuesto los dos tuvimos nuestras oportunidades. Vos, si hubieras seguido estudiando, serías abogado. Por supuesto que no es gran cosa ser abogado, pero mejor que ser empleado de una ferretería. Y lo mismo me pasó a mí. Si hubiera seguido con la danza tal vez no sería una estrella, pero enseñaría en una academia, tendría alumnas, una vida mejor que la de secretaria de una inmobiliaria. Vos tuviste tus aventuras por ahí pero no te fuiste. Y si no te fuiste es porque no debían ser mejores que yo. También yo tuve algunas, aunque no tantas como las tuyas, seguro. Pero tampoco fueron oportunidades como para dejarte. Alguna vez pensaste en dejarme. Yo también lo pensé. En matarte también. Y en matarme. Si hubiéramos tenido hijos tal vez las cosas habrían sido distintas, tenemos que aceptarlo. Sabés qué pienso, que si no tuvimos fue por miedo a que fueran como nosotros. Somos como este cepillo de dientes usado. Tendría que cambiarlo, me digo mientras le paso la pasta. Pero a esta hora es tarde y está todo cerrado.

Así como ella era de hermosa, inversamente proporcional era la fealdad de su bebé. Por las tardes, cuando bajaba el sol, lo sacaba a pasear en el cochecito y si alguien se acercaba a saludarla ella invitaba a verlo. Mejor dicho, nos obligaba. Porque, conviene aclararlo, cuando la veíamos acercarse, el cochecito primero, ella después, la sonrisa inquebrantable, esa sonrisa encantadora. Difícil esquivarla una vez que te había visto. Entonces, con delicadeza, una suavidad que tenía bastante de apriete, te obligaba a inclinarte y apreciar. Uno vacilaba en decirle que era lindo el bebé. No hace falta que me mientas, te decía ella. Es feo. Por eso su padre me dejó. Mejor dicho, nos dejó. Bueno, podía justificar uno, todos los bebés son raros hasta que empiezan a definirse sus rasgos y tu caso no será una excepción, podíamos decirle. No, decía ella, taxativa, es feo. Lo miraba con esa sonrisa tan suya que, si bien pasaba por encantadora, en ese encanto se agazapaba un sentimiento horrible. Además, tanto ella como nosotros lo sabíamos, no había, en su caso, consuelo que valiera. Hasta que empezó a pasear con el cochecito vacío. Y fue un alivio para todos.

Dicen que la corriente que pasa por esta costa, que ofrece la visión de esas olas portentosas, no es ninguna novedad, resulta un riesgo para los desprevenidos. A veces un surfista que se jacta de haber dominado olas de quince metros de altura se lanza y, de verdad, no hay por qué desconfiar de su fortaleza y habilidad para surfear, parece que va a poder con esa ola, pero no, en un pestañeo dejamos de verlo, la ola se cierra sobre sí misma, aunque parece durar una hora esa visión todo transcurre en segundos, y después un estallido de espuma que se expande con violencia sobre la superficie y, despacio, empieza a diseminar su blancura con una serenidad plácida y eso es todo. Hay quienes dicen que se trata siempre de la misma ola. Y siempre la misma tabla, solitaria, la que vuelve.

Este es un barrio respetable, ideal para criar chicos, así que no se diga, los propietarios de la casa de al lado, un chalet de lo más respetable, siempre con las persianas bajas, porque no son conventilleros, más bien discretos, ni siquiera se los oye cuando vienen los hijos con los nietos a visitarlos, ni una voz se oye, una familia reservada, ya que no permiten que nadie se meta en su vida ni se meten tampoco en la ajena, como debe ser, y para protegerse, manteniendo la distancia con el prójimo, tienen un dóberman, y que no vengan los negros a mendigar porque mientras les das cualquier pavada, aprovechan y espían y si ven la oportunidad seguro que con la excusa de la limosna pueden mandarse adentro, por eso acá, en esta cuadra, ninguno los atiende cuando vienen a pedir, como los de al lado, de los que te hablo, gente mayor, muy amable, que conserva los modos correctos de antes, ella era escribana y él, cirujano, deben andar por los ochenta, y si salen a comprar en el chino de la vuelta, lo hacen como a escondidas de reservados que son, por lo general va ella, y hay que decirlo, se percibe que estuvieron en buena posición y él todo un caballero a pesar de que no lo deja en paz el ciático, por eso, dice la señora, casi ni asoma, y no como anda diciendo de ladino el cabeza de la garita, que el doctor está con domiciliaria por ese asunto de los bebés de los desaparecidos.

La mía es una familia numerosa y desperdigada, que no se junta, lo cual es una suerte para mí que soy la parienta pobre. Me las ingenio para estar cerca hasta de los que viven lejos, todos, quien más, quien menos, en buena posición. A pesar de que desprecio sus ambiciones, y los abomino sin distinción de sexo ni de edad, los visito cerca de la hora de cenar y, de este modo, compenso con buena educación y charla interesante el hambre que me viene. Lo mío es la amenidad, mi característica. Y como son más de treinta casas tengo cubierta la alimentación del mes. Y no los canso, que conste. Aprovecho mis lecturas románticas, me atribuyo amores, pasiones, y consigo despertar el interés de todos. Y además me piden que vuelva pronto, que los tenga al tanto de mis cosas. Es que los distraigo de sí mismos, de todo lo que hacen para no bajar un peldaño, porque hay que ver cómo se sacrifican, capaces de vender a la madre, regalar a la mujer y entregar a los hijos, con tal de mantener la apariencia. Por eso no se llevan entre ellos. A mí, en cambio, me tratan bárbaro porque no les pido nada.

Todas las noches la mujer del tapado marrón, la que vive en la casa de al lado, sale a pasear su caniche. Da una vuelta manzana y vuelve. Todas las noches. Esta mañana la encontramos tirada junto al árbol donde su perro había hecho caca. Su muerte, como lo fue su vida, un misterio. Se conjeturaron hipótesis. Vivía sola. No se daba con nadie. Solo tenía su caniche. Además, por qué llamarla señora. Ignorábamos su estado civil. La policía se llevó el cuerpo, entró en su casa. Revisó. Vino una ambulancia, se llevaron el cadáver. Al caniche lo dejaron. Por las noches, a la hora en que la señora del tapado marrón lo sacaba a pasear, empieza a llorar de tristeza. Llora toda la noche. Nos parte el alma. Aunque, la verdad, nos tiene hartos. No deja pegar un ojo. Hasta que un vecino piadoso, no voy a decir quién, le tira un churrasco. Envenenado, obvio. Y podemos descansar en paz.

Se ha despertado tarde. Permanece un rato largo inmóvil, mirando el cielo acuoso, la mañana opaca. Bajó la temperatura. Se acuerda. Anoche se quedó hasta tarde leyendo a Svetlana Alexiévich. «Atenta, escucho el dolor. El dolor como prueba de la vida pasada. No existen otras pruebas, desconfío de las demás pruebas», escribe. «Reflexiono sobre el sufrimiento, que es el grado superior de información, el que está en conexión directa sobre el misterio. El misterio de la vida». Y mientras él la leía en la madrugada pensaba, igual que ahora, todo el tiempo, quisiera leerle a ella partes del libro que no subrayó porque cuando un libro tiene la fuerza de Alexiévich, la lectura se torna imperiosa, arrastra sin dar tiempo a manotear la birome y subrayar. «La literatura rusa en su totalidad habla de esto», escribe Alexiévich. Esto era parte de lo que quería decirle esta noche, lo que sigue queriendo decirle ahora mientras la temperatura sigue bajando y caen las primeras gotas. Se ha escrito más sobre el sufrimiento que sobre el amor. Pero no quiere despertarla.

Siempre fui una mujer sugestionable. Y en mis momentos de desesperación, que son los más, me vuelve ese cuento. Siempre el mismo cuento. El cuento que me contaba papá de ese nene perdido en un mundo desierto agobiado por el calor y, de pronto, despierta y está en un mundo congelado y también desierto. A veces el cuento sucede al revés. El calor y el frío son intercambiables en el cuento. Pero no hay caso, el cuento que papá me contaba para dormir ya no surte efecto. Y si me duermo, siempre al amanecer, sueño que soy insomne, que estoy despierta toda la noche, que doy vueltas en la cama y después me levanto, empiezo a limpiar y no dejo un milímetro sin pasarle un trapito con detergente, paso y repaso la cocina, lavo el baño, ordeno el placard, riego el balcón, hago listas para el supermercado y la verdulería, clasifico impuestos, hago un solitario. Lo terrible no es la obsesión que me domina en el sueño. Es que cuando despierto el departamento está mugriento, patas arribas, los naipes están desparramados en el piso, las lauchas paseándose por encima. Papá me mira sonriente desde ese retrato en la pared. Está torcido.

Si bien es cierto que su defecto nos era insoportable hacíamos la vista gorda. Pero como suele suceder, cuanto más se evita mirar una cosa, lo que se logra, aun espiando de refilón, es no sacarle un ojo de encima. Y él veía que nosotros no solo no podíamos evitar observarlo sino que no era necesario ser sutil para darse cuenta de que también debíamos hablar de lo desagradable que nos resultaba. En esa época disimulábamos nuestra repugnancia y él, por su parte, procuraba no acercarse. Nuestras relaciones eran todavía diplomáticas. Quién se iba a animar a decirle que le convenía quedarse donde fuera su domicilio y no saliera más de esa cueva. Hasta que pasó lo que pasó y él hizo lo que hizo. Entonces se tornó imposible de ignorar. Tosecitas molestas, puteadas por lo bajo. Imaginamos que no sería capaz de quedarse. Imaginamos también, aliviados, que no volvería al día siguiente. No solo volvió. Su vuelta se tornó un desafío. Nos dimos cuenta de que no nos libraríamos de él a menos que cambiáramos de estrategia. A partir de ese instante empezamos a llamarlo no por el apellido sino por el defecto. En vez de espantarlo, creo, conseguimos lo contrario. Que se siente en familia con nosotros, dice. Y se acaricia el defecto como si esto lo volviera más digno de lástima.

Los edificios enfrentados, las ventanas también, las dos en el mismo piso, a la misma altura, se miran. Más que mirarse, el hombre y la mujer se espían. Apenas ella se despierta antes de que amanezca, mira. La ventana de enfrente se enciende. A veces antes se ilumina esta. Durante el día y hasta que las ventanas vuelven a apagarse, siempre a la misma hora, cuando uno mira la otra se hace la distraída y viceversa. Y si sus miradas se cruzan, pronto dan la espalda. Deben tener la misma edad. Y nunca salen de sus departamentos. Los dos suponen los motivos de la soledad del otro, desde un espíritu avinagrado hasta la pérdida o el abandono por un trastorno de salud difícil de acompañar. Pero, en el fondo, las causas de la soledad pueden ser tan simples como mi pierna amputada, piensa él, o como cargar de macetas y plantas el marco inferior lo que impide que se vea mi silla de ruedas, piensa ella.

Sesentón, canoso, regordete, pulcro, con unos lentes parecidos a los míos, el vecino camina sacando pecho queriendo esconder la barriga que le impide abrochar el tweed, la vista en el suelo, esta noche que el viento glacial viene desde el puerto, vuelve acompañado por una puta vestida de señora respetable, con un tapado violeta, las solapas alzadas, agarrada a su brazo, acompañándolo en el apuro, más bien remolcada. Que como sé que es una puta: oxigenada, los labios carmín, su risa estridente, y él, la cabeza baja, sonriendo apenas, como avergonzado por esa risa de ella. Se lo suele ver con una distinta, a veces ostensiblemente putas aunque también las hay recatadas. Entran en el edificio de al lado. A mí no se me escapa nada, rasgo de mi oficio detectivesco. A veces lo veo, los mediodías soleados, por la ventana de mi baño, tendiendo su ropa en la terraza. Me llaman la atención las sábanas negras, pero más los brillantes calzoncillos rojos que revelan un espíritu apasionado y, por qué no, juguetón. La curiosidad me puede cuando nos cruzamos en la calle. Lo dejo pasar y me doy vuelta para mirarlo. Camina, con esos pasos cortos, como si huyera de un secreto. Llevará los calzoncillos rojos, me pregunto, o quizás solo se los pondrá cuando tiene los encuentros. La crítica literaria no se diferencia demasiado, en su curiosidad, de la forma en que espío a mi vecino.

Los curiosos preguntan siempre lo mismo, cuántos escalones hay que subir. Menos que al cielo, les decimos. Aunque a veces nos creemos sus representantes aquí abajo. Sin embargo, si estamos acá no es para pensar en Dios sino para avisar con la luz de un faro dónde están, el control de su carta de navegación. Igual en esta costa de la muerte, a pesar de nuestra presencia, algunos naufragan. Además de esta lámpara tenemos también la sirena. A veces, de puro aburridos, reducimos la intensidad del reflector y ni prendemos la sirena. Nunca falta un desgraciado que, a pesar de la bruma, consigue alejarse de tierra firme.

Los problemas que me trae este gesto, que algunos especialistas consideraron tic y otros toc. Reflejo del alma, según un cura exorcista que no pudo espantar el movimiento intempestivo de mi rostro, la parte que comprende el ojo izquierdo y la boca de ese lado, una torsión que provoca a los otros una repulsión. De más está decirlo, los inconvenientes que este defecto cinético me ha causado desde mi más temprana infancia durante la cual mis padres, alarmados primero, apesadumbrados después, me sometieron a consultas diversas y una infinidad de tratamientos que comprendieron tanto los electroshocks como la brujería, caminar sobre las brasas. Como no podía ser de otro modo no fueron gratuitas las consecuencias de estos intentos de cura: al trastorno móvil de mi rostro debo sumarle las ausencias mentales y dificultad en el andar causado por el fuego. Quiero que se entienda. No le deseo a nadie semejante mal, que de acuerdo a investigaciones neurológicas recientes publicadas en revistas especializadas, es hereditario. Dejo así aclarado el motivo por el cual en unos minutos habré de poner fin a la vida de mi concubina, embarazada de cuatro meses.

Somos una familia técnicamente melancólica. Cuando creemos que lo peor del sufrimiento de uno, una pérdida, un ser querido o el objeto más tonto, cuando uno cree haberlo llorado todo y gimotea menos, todavía queda un rato más de pena que se torna incesante y, como estamos ya en el borde del último aguante, de ese rato no salimos indemnes, y además el mal se propaga, mi mujer no da más de abatimiento porque afecta a los chicos, los extraña alegres como si alguna vez lo hubieran sido, vinieron a este mundo con la tristeza, siempre por los rincones, haciendo pucheritos, ya que no por ser chicos el padecimiento es menor sino todo lo contrario y ya no importa, cualquiera sea nuestra edad o nuestro rol en la familia, la melancolía es un calvario que nos reduce, desde el primero al último, y todos, cada uno de nosotros, nos preguntamos por qué nos pasó lo que nos pasa y lo que aumenta la desolación es el temor a perder nuestra memoria inconsolable. Si la perdiéramos, Dios no lo quiera, viviríamos añorándola.

Unas voces alemanas me despertaron esa noche que me alojaba en un hotel de madera frente a las ruinas jesuíticas de San Ignacio. Había llovido, se escuchaban los sonidos de la selva, grillos, ranas, pájaros nocturnos. Las voces eran cercanas. Bajé de la cama, bajé del cuarto a la recepción apagada, bajé a la tierra pantanosa. Los mosquitos eran Messerschmitt. Me orienté hacia las voces. No tuve que internarme demasiado en la espesura para advertir una linterna. Dos hombres con cascos de corcho y revestidos con un tejido protector hurgaban en la oscuridad inclinados entre las plantas con una linterna. Me las ingenié con mi inglés torpe para conversar unos minutos. Buscaban un insecto que solo habitaba en este lugar, una especie única. Pensé en los naturalistas alemanes del siglo XIX, sus dibujos detallistas, puntillosos y delicados. Me acordaría de esa noche cincuenta años atrás al revisar los tres tomos de la biografía exhaustiva de Franz Kafka de Reiner Stach, obsesivo como aquellos investigadores en la noche persiguiendo un insecto único. Stach no se conformó con su trabajo y años más tarde reunió un libro adicional con nuevos datos sobre el escritor de *La metamorfosis*, a cuyo protagonista Kafka llamó insecto.

No hay día en que no revise los recordatorios. Desde que empezaron a publicarse se fija en las fotos. Tan jóvenes. Detenidos en esa edad. Casi inmortales. Los hay solos, en grupos, en pareja, él de traje y ella de blanco, sonrientes en el momento de la boda. También los hay, no pocos, con bebés en brazos. No deja de sorprenderlo únicamente lo jóvenes que son. No deja de asombrarle que todos los fotografiados, que combatían contra la tradición, la familia y la propiedad se casaran tan formales. Y esos versos de amor que publican junto a las fotos, versos que hablan de lucha por un mundo nuevo. Lo que más cuesta aceptar es lo que no fue. Se llora lo que no se pudo.

Aunque no se me note la edad, se dice, tengo la edad que tengo. Y no es que no le da la inteligencia, piensa. Lo que ocurre es que la mía es una inteligencia del pasado. No puede equivocarse en el teclado del cajero automático y, reacomodándose los anteojos, cuando ingresa la tarjeta y toca las teclas, intenta de nuevo, la pantalla la rechaza. Alguien le pide que se aparte si no va a operar. Se aparta sin animarse a pedir ayuda porque es inútil, ya se lo informó la pantalla, fue expulsada. Se olvida la tarjeta, abuela, le dice un muchacho. Ella agarra la tarjeta, sale a la calle, la multitud, el tráfico, motores, bocinas, aturdida. Si bien padece insomnio, el insomnio se le agudiza cada vez que al día siguiente tiene que ir al cajero. Camina sonámbula. Se repite la clave una y otra vez. Era su año de nacimiento, se dice. No, se dice, no la pudo haber cambiado. Pero no puede recordarla. Confundida, se detiene, busca un papel. Está segura de haberla anotado, pero no. Piensa, saca cuentas, no se acuerda cuándo nació. Cruza la calle tratando de acordarse el año. Y su madre ya no está para preguntarle. Lo que se acuerda, que su madre tenía su misma edad cuando murió.

Qué íbamos a suponer al quemar la basura en el vertedero que está en la entrada del pueblo que arderíamos también nosotros al no reparar que debajo del humo de nuestras porquerías se ocultaba, sepultado, el acceso a una de las antiguas minas de carbón, pero no había forma de apagar el fuego, era inútil, se propagaba por los túneles debajo de nuestras casas, ya no se podía andar descalzo, el asfalto te quemaba, aparecían grietas y por las grietas surgía el humo, vinieron los bomberos a combatir el incendio subterráneo y, mientras fracasaban, por las rajaduras de las paredes, ese humo pestilente que intoxicaba a los chicos que, si seguían respirando esa fetidez, no llegarían a nuestra edad y los de nuestra edad, tosiendo, dejarían este mundo antes de tiempo ya que el humo seguía brotando por todas partes y a esta altura, además de las ambulancias, los socorristas no alcanzaban, nadie quería abandonar su vivienda, abrasaba hasta la última tapera, pero una construcción permanecía a salvo en la colina, la ruina de la capilla danesa, sonaban las campanas, el pastor nos miraba con sus ojos de poseído, se reía, nos había avisado que íbamos a arder en el infierno, hasta que empezó también a manar humo por el campanario mientras abandonábamos el pueblo y ahora nada ni nadie excepto algunos turistas que vienen a ver el humo agitado por el viento.

Cabe la posibilidad de que la misma historia que esta mañana me siento a escribir alguien, mujer, hombre, quién sabe, esté escribiéndola en otro lugar del mundo no importa a qué diferencia horaria, con otras palabras, en otra lengua, la misma aunque no disponga la sintaxis de este modo, probablemente tenga otro ritmo, una prosa más ajustada, un suspenso más fuerte, cuestiones que pueden hacerla, con matices, parecer diferente pero no cambian lo que intento sugerir, que esta historia que escribo carece de toda originalidad y, es más, en más de un sentido su calidad no depende de mi experiencia ni de mi biblioteca como así también puede ocurrir, y seguramente debe haber ocurrido, alguien, mujer, hombre, ya que no importa demasiado el sexo de quien la escribe, al sentarse esta mañana a escribir considere que esta historia ya fue escrita antes, en otro tiempo, en otra geografía y, sin embargo, porfiar en un intento de singularidad en este instante que la escribo ya que no podemos hacer otra cosa que contarla sin renunciar a la obcecación de un deseo que no se agota en la escritura pero que se define en su intención, lo que explica que quienes la contaron antes, la estén contando en este preciso instante y vuelvan a contarla dentro de un rato, mañana, pasado, solo el cielo sabe cuándo, dónde, porque ya no importa la autoría porque esa voz interior que la narra nos narra tanto a quienes la escribimos como a vos, lector narrado.

Lo peor del miedo, estas calles desiertas, la bruma que sube del puerto, un silencio que enmudece los sonidos y se traga, llegado el caso, un grito de auxilio, quién puede venir en tu ayuda, digo, lo insufrible que tiene el miedo es la vergüenza de no estar a la altura de la circunstancia, comportarse como un macho, y no apurar el paso hasta que los pasos se hacen carrera y, cuanto más urgente se vuelve escapar ya no es la urgencia de la huida del peligro inminente sino de la vergüenza, ese sentimiento bochornoso, la súplica arrodillada ante un ataque como si rogando fueras a darles lástima a las sombras que se insinúan en los portales, esas sombras que empiezan a despegarse de la oscuridad y.

No hay como una orgía para ver cómo se revela lo más infantil de los seres humanos. Es decir, las apetencias, impulsos, osadías, el primitivismo más básico. Aprendí mucho participando en esas fiestas. Los tipos y tipas más variados, incluyendo personajes que no sé en qué categoría incluir. Toda una auténtica taxonomía de caracteres y preferencias. Fue después de la última fiesta que me pasó. Había sido una noche excesiva y amanecía con niebla. Volvía caminando por el parque. Tardé en darme cuenta del silencio que me rodeaba cuando me encontré con el chico. Tenía ocho años, dijeron las noticias. No me acuerdo qué le dije. Me miraba como si le hablara en otro idioma. Le pregunté en qué podía ayudarlo, si estaba perdido. Y no me contestó. Su impasibilidad de inocente me irritó y también me dio miedo. Estábamos solos en la niebla. Lo agarré del cuello, el chico no se resistió. Después seguí mi camino. Tenía sueño, estaba cansado.

El pensamiento es el relámpago que desgarra el vacío, escribió Edmond Jabès. Y a continuación: *El olvido es cuestión de segundos*. Entonces me acuerdo de un pibe nadador que vi hace poco arrojarse al mar y, al no hacer pie, pedía auxilio: «Me olvidé», gritaba, «me olvidé de nadar».

Cada vez que ella se sienta a escribir el cuento del coleóptero, como ahora, esta noche tarde, le entra uno en el ojo. Está escribiendo la primera palabra cuando lo siente. Muchas veces prefiere seguir el impulso de la primera frase y no perderlo antes que cortarlo para meter dos dedos debajo del párpado inferior izquierdo del ojo derecho, siempre se desliza a través de la parte inferior del ojo derecho. Si lo extrae antes de que siga su curso hacia abajo, vaya ella a saber hacia dónde, ni se detiene en expulsarlo porque teme perder la inspiración de este cuento que imagina perfecto. El cuento que quiere escribir es sobre una mujer, como ella, que tiene un hijo espástico. En el cuento lo llama el nene diferente. Pero no hay caso, ahora que está en el comienzo, se frena, está otra vez entreabriendo el pellejo resuelta a arrancarlo, arrancarlo y seguir, pero otra vez, como si se negara a ser un cuento, se despierta el nene y le grita ma, vení, ma.

La buena educación consiste en controlar los impulsos y meditar antes de emitir un juicio que puede lesionar al prójimo, me guardo lo que pienso y evito opinar. Soy una mujer de modos y gustos finos. Me esmero en no llamar la atención. Aunque el bastón, de madera italiana fabricado artesanalmente, con una empuñadura plateada dice mucho de mi condición social aunque esté un tanto venida a menos. Que conste, no me creo singular, apenas diferente. Pero el disenso no es lo mío y trato de pasar inadvertida, sin que se me note. La distancia de la vulgaridad lleva una preparación y yo considero que, en una humanidad nublada por el querer llamar la atención, la reserva y la prudencia se han convertido en una rareza. A esta edad mía es un esfuerzo mantenerse consecuente con la moral en un mundo que la ha extraviado y, sin pudor, se jacta de su desvergüenza. Es cierto que el asco a los otros me causa unos mareos que se me han vuelto frecuentes y también más intensos, a menudo, en la calle, a pesar del bastón, tengo que apoyarme en las paredes. Trato de no caerme, me da náuseas que cualquiera me quiera ayudar con esa lástima que se tiene a los viejos y me toque. Odio el manoseo. Déjenme, puedo sola, apártense. Yo me las arreglo. Levanto el bastón, los ahuyento, mantengo la dignidad y sigo andando. Si se sabe apreciar, la situación resulta agradable, dejarse llevar por la levedad, sentirse una artista del mundo flotante, irse así, tan leve.

En Praga, en noviembre de 1912, Kafka le escribe a Felice Bauer acerca de su situación en la oficina de la Compañía de Seguros contra Accidentes de Trabajo: *Hace algún tiempo había en un corredor por el que siempre paso para ir a mi mecanógrafo una camilla sobre la que son transportados ficheros y pruebas de imprenta y cada vez que pasaba a su lado me parecía que dicha camilla estaba hecha principalmente para mí y que me estaba esperando*.

Si esta noche pudiera, por un instante, acceder a lo que pasa en cada una de esas ventanas iluminadas que ve desde el auto que avanza a toda velocidad por la autopista, está convencido, encontraría en el interior de esos livings, dormitorios, baños, viviendas, por lo general cubículos, porque se trata de ámbitos limitados, de clase media baja, se dice, en ese acceso a través de las ventanas, solo una mirada, piensa, lo conformaría, podría entrever seres comiendo, aunque ya pasó la hora de la cena, discutiendo, porque el malestar en esos departamentos, cualquiera sea su origen, no solo se agrava sino que detona violencia, aunque puede haber casos en que se encuentre un sentido en el alcohol, un desahogo en el sexo, cuerpos animalizados en la exacerbación de un instinto que ya no es el deseo sino algo anterior, inconsciente, la tara de reproducirse, como si en la repetición del propio destino a través de la reproducción de sí constituyera una venganza, y es aquí donde piensa en qué será de los chicos que se desarrollan con sus potencialidades destruidas mientras se oyen tanto los gritos como los jadeos y los orgasmos entre estas paredes delgadas en función de una mayor rentabilidad inmobiliaria, entonces, se dice, de acceder a todas y cada una de esas intimidades al volver a su departamento, escribiría un gran libro, cien cuentos felices, pero al entrar manotea el blíster de Valium, es tarde, se deja caer en la cama.

El amor es un derecho humano, pibe. Y el goce es subversivo, te cuestiona. Así pensábamos en los setenta. Me acuerdo de Diego, cuando tenía la librería, cuando se garchaba a Titi, la renga. Toda una intelectual, Titi. Y a la vez andaba en la pesada. Pero a Diego lo que le gustaba era cómo se la garchaba en la librería. De parado, le daba. Diego especificaba que Titi hacía un bailecito cuando le daba. O acaso la ibas a privar del goce por renga. Después supimos que se bajaba todos los compañeros que podía. Hasta que la chuparon. Y ni te cuento lo que me pasó a mí cuando la conocí a la Colo, que también andaba con los fierros, decía ella. Fue en el bulo del Bajo, donde yo paraba, me acuerdo. Una noche terminamos cantando *Ciao bella, ciao*. Y la Colo, desde el sillón, aplaudía para disimular que me había echado el ojo. No me quitaba la vista de encima con esos anteojos de aumento que llevaba, me sonreía con cara de guerra. Y de pronto, amanecía, todos en pedo, se fueron yendo y quedamos solos la Colo y yo, ella con los fierros. Los compañeros se la habían olvidado enginebrada en el sillón. La quise bajar a un taxi. Qué, se ofendió. Y empezó a desnudarse. Hasta los anteojos se sacó. Porque ando con los fierros no me vas a coger, dijo y apartó las muletas. Nunca me voy a olvidar de cómo se le reviraban los ojitos.

Si le preguntaran qué se considera, si un viejo escritor o un escritor viejo, se reiría: en las dos formas la vejez impera sobre la escritura. No es que la luz lo moleste. Por el contrario, le ayuda a distinguir las cosas y no llevarse todo por delante. Pero prefiere la penumbra, una oscuridad que no lo es del todo: las persianas entornadas, las cortinas medio bajas. A esta altura, ya ha comprobado que la oscuridad está del lado de la vejez, especialmente si pretendiera tener sexo: se notarían menos los huesos, la piel colgando. Pero el sexo es una ansiedad pretérita. Por lo demás, y lo demás es este departamento que no es más que un ambiente, una kitchenette, un baño, todo repleto de libros, cuadros y objetos del pasado, es un mapa que sabe de memoria aunque, a veces, es inevitable que se lleve por delante una pila de libros. En este caso, lo que más le molesta es agacharse para recomponer la pila y, se lo repite, lo que menos importa a su edad es el orden. Hace mucho que dejó de preocuparse por el orden de los libros y la confusión en que se han dispuesto. La memoria debilitada ha contribuido a que el caos le guste: en el caos encuentra a menudo un libro que pensaba olvidado o perdido, como *Paso a paso hasta el último* de Des Forêts, que ahora, al reencontrarlo, leerá con el entusiasmo de uno nuevo. Se alegra como un chico ante el libro. Y se entristece al leer sabiendo que esta frase recuperada que ahora lo deslumbra la volverá a olvidar hasta que tropiece otra vez.

Una noche de 762, Li Po, el poeta mayor de la dinastía Tang, escribió: *Levanto mi copa, / invito a la luna y a mi sombra, / y ahora somos tres*. Según distintas versiones biográficas, murió borracho al querer tocar la luna y caerse del bote en que navegaba el Yangtsé. Siglos más tarde, Pieter Brueghel el Viejo, considerado el pintor más importante de su tiempo, pintó en 1559, en doce tablas de roble, doce proverbios flamencos. En la doceava se ve un hombrecito gordo, de espaldas a nosotros, meando la luna. El proverbio dice: *Nunca voy a conseguir todo lo que quiero, sigo meando la luna*. Así alude a la vez a perder el tiempo en cosas fútiles y al deseo de lo imposible. A menudo pienso esta imagen como tapa para este libro. Como suele ocurrirles a muchos escritores, y más a esta edad, siento que el libro que escribo es el último y anhelo que la muerte me conceda un tiempo más. En la noche, salgo de la cabaña. Me gusta mear mirando la luna.

Los dos, callados, caminan en la noche por la calle en bajada, hacia el subte. El padre debe andar por los cincuenta. La hija debe tener más de quince. Ahora están en el andén. Nadie en la estación, solos. La hija quiere decirle lo que le dijo la madre cuando volvía de hacer las casas, cuando ella le contó: La que me faltaba. Arreglátelas, andá al hospital, que te acompañe una amiga si no se ocupa tu novio. Pero ella quiere tenerlo, le dice. Y después: Le contaste a tu viejo, le preguntó. A ver qué dice el gran ausente. Ella no se anima a contarle al padre, que recién sale de trabajar de seguridad en un súper. Decime quién fue y lo mato, le dirá. El tren viene desde el fondo del túnel. Es un fragor de truenos y chillidos. Por fin la hija se anima: Vas a ser abuelo, le dice. Pero, en el fragor, el padre no puede oírla. Suben al tren. Se sientan separados.

Primero, un deslizarse sigiloso, breve, casi imperceptible. Si nos callábamos, dejaba de escucharse. Daba la impresión de que se burlaba de nuestro silencio atento. Parecía darse cuenta de nuestro acecho. No importa quién, acá en el refugio, la vio primero. Demasiado su tamaño. Había que tirar veneno, pero nadie había traído. Nadie, al huir, lleva otro veneno que no sea el miedo. Convenía bajar al subsuelo, hacer algo. Si el afuera nos aterraba, el abajo intimidaba. Ahora se oían los chillidos, como si discutieran. En la noche se escuchaban más cerca. Ya no se trataba de asomos escurridizos. Venían de a dos o tres. Sus patrullajes se volvieron partidas de caza furtivas. Una de nuestras crías despertó ensangrentada, muerta. Imposible que sus padres no se hubieran percatado del ataque. Era evidente que el pavor les había impedido reaccionar. Los miramos con reprobación, pero quién iba a criticarlos. Más bien, aprovechamos su ejemplo. Desde entonces nuestra estrategia defensiva consistía en, cada tanto, tirar una allá abajo. Desgarraban los gritos, los berridos, el llanto, pero, por suerte, no duraban mucho. Fue un problema cuando nos quedamos sin. Entonces decidimos que lo más conveniente era recurrir a los viejos. Y, aunque se retobaban, sorteándolos —primero los de más edad—, eso fuimos haciendo hasta que quedamos los que estamos, mirándonos de reojo, arrinconados, insomnes, porque apenas te dormís puede ser tu turno.

Mi modo de referir tal o cual asunto, en especial aquellos del pasado, tanto un muerto como un sobreviviente, o bien un hecho que puede ser considerado histórico trascendente, precisan ser contextualizados, y entonces me encuentro en la necesidad de puntualizar detalles que hacen tanto a la trama como a su razón de ser, deviene imprescindible una deriva y en su camino, una anécdota que, por más que parezca distante del interés central, como se verá, aporta una luz sobre lo que venía contando, como le pasa a Sebald cuando, en *il retorno in patria*, encuentra un vecino antiguo, al justificar su retorno observa que sus explicaciones, complicadas y en parte contradictorias, le parecen, para su asombro, convincentes, sin necesidad de añadir nada más, pero reflexiona que en su cabeza había muchas cosas que con el tiempo habían logrado concordar a la perfección sin que por ello estuvieran más claras, muy al contrario se habían tornado más enigmáticas ya que cuantas más imágenes del pasado reunía, más improbable le parecía que el pasado se hubiera desarrollado de esta forma, pues no había nada en él que se pudiera denominar normal, sino que la mayor parte era ridículo y si no era ridículo era algo espantoso, es decir, ahora que intento contar cómo sucedió lo que sucedió en mi memoria se abren puertas y me veo caminando otras calles, y las subordinadas se extravían como yo, subordinado a la interrogación constante, los desvíos, preguntándome quién fui, quién soy.

Bajá el arma, Damián, porfa, bajala, por los chicos, bajala, pero Damián nada, que me lo dijo mil veces, que no salga de casa con esa camiseta, ni al jardín que salga, que se me notan los pezones, y qué si me miran, vos sos mía, mami, mía, te lo digo siempre, me pone loco que salgas con esa camiseta, te miran, me tomás por boludo, calienta esa camiseta, recalienta, y vos mía, entendés, mía, y esa camiseta te la ponés solo para mí. Los chicos ya se levantaron, están en la puerta y miran, Santi llora, y Bauti está por, bajá la pistola, mi amor, dejame pasar, acuesto los chicos y vengo, me voy a sacar la camiseta, también, qué puta, reputa, y yo el cornudo de la brigada, le debés dar todas las noches, me dicen, y yo el gran canchero, la mina que tenés, me dicen, te lo conté, me lo contaste, la mina que tengo, y encima cuando viene la patrulla a buscarme vos salís a la puerta con esa camiseta, y uno me dice fuerte la patrona, sonrío, si precisás un operativo en casa avisá, me joden, qué ganador, y cuando despierto no estás, fui al chino, a comprar yerba, al chino que la debe tener corta, te gusta calentarlo, te fuiste con la camiseta, mami, te lo avisé, pero vos retrola, ahora me venís con por favor, Dami, por los chicos, bajala, porfa, qué hacés, no.

En el prólogo a sus *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein aclara que las mismas, en su conjunto, pueden ser consideradas un álbum. Si se tiene en cuenta que a las proposiciones que integran su *Tractatus* las denominaba figuras, por qué no pensar que una cama, una mesa de luz, un placard, una ventana, pueden ser instantes de un pensamiento nómade en la medida en que ella, la escritora, cada vez que ingresa a un cuarto de hotel, en cualquiera de las ciudades que visita, saca una foto. Podría pensarse, y no sería descabellado, que esa necesidad de fijar el espacio, y también de fijarse ella así sea por una noche, es atribuible a su infancia de exilio, las mudanzas, los domicilios que impuso una huida con lo puesto. Por qué no pensar también que estas imágenes, además de la imposibilidad de un anclaje, responden a la concepción de la vida como tránsito. A ella ni le van ni le vienen estas posibilidades de interpretación. Todavía la valija en la alfombra, se detiene, busca la cámara y oprime el disparador capturando una habitación que es también un nuevo autorretrato de fugitiva.

Con la muerte pasa algo parecido a la escritura de un relato. Se sabe cuándo empieza pero no cuándo termina. Algo así son los efectos posteriores de esos primeros tiempos después de la muerte de un ser querido, uno tiende a encontrárselo por la calle, pero después de un rato de observación, de acercamiento apurado por la sorpresa, uno repara en algún rasgo distinto, un caminar diferente, otra gesticulación. Esta tarde estaba por cruzar el Bajo a la altura de Libertad cuando lo vi a Juan. Le hice una seña. No me cabía duda de que era Juan. No podía no ser Juan. Hasta el barrio era muy Juan. Cabezón, el pelo rubio desordenado, más bien bajo, bronceado, la camiseta gris, los bermudas arena, las zapatillas gastadas. Juan me miraba. Abrió el semáforo. Pasó la marea de tráfico. Juan esperaba del otro lado. Crucé. Qué onda, Gustavo, me dijo. No me llamo Gustavo, le dije. La confusión enfrió el entusiasmo. Tampoco yo soy Juan. Perdoname, le dije. El error es mío, dije. Me llamo Guillermo. Sos igual al hermano que perdí hace unos meses, me dijo. Me llamo José. Tenía tu misma sonrisa, Juan.

A mí no me vengas con eso del espacio interior. Que el otro es otro, que las puertas del corazón deben estar abiertas. Quién dijo que el amor es desapego. Lo debés haber leído en uno de esos libritos de budismo que te comen la cabeza. Si te vas prometo: uno, no llorar. Dos, quemar tus fotos. Tres, tu kimono, tus bombachitas. Todas tus plantas. Voy a tirar todas tus plantas, ni una maceta va a quedar. Ni tu gatito, bueno, el gatito no, no soy un desalmado, lo voy a regalar. Nada tuyo, nada después de vos, excepto yo.

De antes del pueblo debe estar. Nadie se acuerda cuándo fue que el agua se estancó, no encontró escape y se formó el pantano. Hasta el aire se estancó, entre dulzón y hediondo se respira. La de picaduras y ronchas que se agarra uno si se adentra en la espesura. Que hay arañas que viven bajo el agua, dicen. Velluda la panza tienen. Respirar una vez al día les basta, parece. Venenosas son. Alimañas, lagartos, culebras, víboras y otros peligros también, es sabido. Y no es infundado el temor que se le tiene al lugar, que cada tanto se traga un desprevenido. El último, el más chico de los Hendrick, el menos avispado. Nadie vio cuando se lo chupaba ni tampoco se lo oyó gritar con esos chillidos a que nos tenía acostumbrados. Es que nadie anda por ahí a menos que esté perdido o huyendo. Cuando lo estuvimos buscando al lerdo el pantano se tragó el ovejero de los Gaitán. Así que también lo dimos por embuchado al lerdo. Pasado el dolor del momento los padres aceptaron pronto la ausencia, se los vio aliviados. Quién va a juzgarlos. Mirado así, el pantano tiene su lado bueno. Dios sabe por qué hace algunas cosas.

Soy ese tipo que, con la excusa de ser escritor, se mete en la vida de todos, y la escribe. Tiene suerte de que no lo leen esos sobre los que escribe. No parece interesarle tanto la dicha de los otros como sus desgracias. En la mala se nos ve la cara verdadera, dijo una vez. Al estudiar a los otros se estudia a sí mismo. Es verdad que cuando no se sabe cómo termina una historia el tipo inventa los finales, por lo general, trágicos. En esos instantes del fin también se ve la verdad de uno, dijo. Y si una historia queda abierta, también es un final. Medio Dios se cree el tipo: juzga, sentencia, castiga. Espero tener cien cuentos felices, dijo una vez. Ninguno era feliz, pero no le importaba, y si había pasado los cien seguía adelante porque lo único que le importaba era escribir. Mis cuentos son siempre cortos por falta de tiempo, se justificó otra vez. Muchas veces estoy anotando uno cuando pasa otro. Quizás estoy escribiendo una novela, la novela de todos. Al tipo te lo podés encontrar en cualquier lado, en el colectivo, en un tren, en un barco, protegiéndose de la lluvia bajo un alero para anotar algo apurado por miedo a que se le pierda. Según Roberto Juarroz: *Hay que afilar la vida como un lápiz y copiar al dictado*.

Ayer me encontré con Anja, recién venida de Alemania después de unos años alojándose y cuidando casas mientras sus propietarios viajaban, y me siguió contando la historia de su hermano Pedro, quien no había hablado hasta los cinco, edad en que los padres renunciaron a consultar profesionales si bien ellos eran, la madre psiquiatra y el padre neurólogo, y nunca habían logrado determinar la extrañeza silenciosa del hijo, que manifestó durante sus estudios primarios y secundarios, hablaba lo imprescindible, y no obstante aprobó con notas sobresalientes sus cursos, hasta que a los diecisiete se encerró en su cuarto y permaneció sin salir excepto para ir al baño hasta los veintitrés, tiempo que pasó investigando historia universal por internet, y así estuvo, cinco años enclaustrado, hasta que un buen día se puso un traje del padre, camisa y corbata, y desapareció una tarde sin dar explicaciones, pero Anja lo siguió y pudo averiguar que Pedro entraba todas las tardes en un templo evangélico. Así durante tres años, hasta el amanecer en que la despertó para despedirse solo de ella y anunciarle que tenía cosas que hacer, y no tuvo noticias suyas hasta un año después, cuando la familia recibió una postal de Machu Picchu, pero Anja volvió a verlo hace unas noches, en Amsterdam. Lo vi, me contó, caminaba solo por una calle desierta, lo llamé, se volteó, sonrió y siguió de largo, no me animé a ir tras él, no quería ser intrusa, pero tal vez no era, dudo, como si alguna vez hubiera sabido quién era mi hermano.

El momento puede ser en el fresco del amanecer, el calor del mediodía, el sopor de la siesta y, por qué no, la noche tibia, su rocío. El lugar, siempre es el jardín, su despliegue de ramas, el follaje que se reproduce todo el tiempo, constante, y aun cuando en el otoño y el invierno pueda despojarse de hojas como en un intento de sinceridad, nunca deja de ser una fronda tupida que, cuando se le acerca, le viene la sospecha de que esa naturaleza selvática va a devorarlo, que esa vegetación es carnívora y, a la vez, domina una astucia hipnótica para atraer a sus víctimas. Del mismo modo que el jardín es ella, ella tiene esa capacidad de magnetizarlo, conseguir que, cuando él se le acerca, su voluntad se repliegue, el peligro sea un hálito que lo envuelve y no le importa porque, al ingresar en la espesura, al penetrarla, mientras ella gime, su boca voluptuosa se entreabre, la lengua lo paladea, entonces, se da cuenta, no es él quien revela un misterio sino quien se deja devorar por su densidad.

Más de medianoche, en remís desde Mataderos al Bajo. Simple reflejo en estas calles oscuras a pocas cuadras de la villa, antes de agarrar la autopista, pongo el seguro. Este país lo jodieron los peronistas y los socialistas, dice el chofer. No se preocupe, me dice, estoy armado, aclara. Abre la guantera: Una glock, nueve milímetros. Pasa algo y tiro primero, después pregunto. Retranqui, amigo. Está cargada. Siempre.

Treinta años en este pueblo. Cuando me alejé, siempre sentí que lo extrañaba, que me debía esta naturaleza. Muchos de sus habitantes nunca cruzan el bosque ni bajan al mar. Se jactan de su indiferencia. Pasan sus vidas detrás de un mostrador y una caja registradora, dedicándose a la especulación inmobiliaria, y otros, los más, los peones de la albañilería, construyendo adefesios que se alquilan a los turistas del verano. Cero afinidad con la naturaleza excepto los domingos cuando preparan el asado en el quincho del jardín. Aunque me incline a la crítica de costumbres debo aceptar un sentimiento por esta gente y son motivación para escribir unas historias tal vez no terribles por sus desenlaces como por la prolongación de sus frustraciones. En tanto, no puedo no preguntarme qué hago yo aquí. Tal vez no encuentre otra razón que la espera de un chisme —y la anécdota es siempre acontecimiento— que me depare sustancia para un cuento. Es mentira que aquí no pasa nada. Muchos de estos relatos pueden pasar en otra parte, pero me gusta escribirlos aquí. Soy de los que cruzan el bosque, bajan al mar y contemplan esa inmensidad que nos devuelve la conciencia de nuestra dimensión infinitesimal.

Una vez que definiste la presa y, sin un mínimo chasquido de tus pasos, sin pisar una hoja seca, te asegurás la posición, que no se insinúe tu respiración tan estridente como tu corazón al alcanzar por fin el sitio escondido que garantiza la cobertura que te hace sentir impune, conviene entonces ser más precavido porque cuando se cree la situación bajo control, que nadie te ve, no podés relajar, nunca se puede, porque así uno se sienta a cubierto en el follaje, sábanas tendidas, un umbral oscuro, alguien puede observar desde arriba, ya sea desde un árbol, un techo, conviene ser cauto y fijarse alrededor, que las persianas de ese edificio estén bajas o apagadas, y entonces, cuando se confía en que las ventanas apagadas son ciegas, ahí es cuando uno puede ser visto, siempre alguien puede verte desde la oscuridad y no importa que sea por azar o deliberación, nunca falta quien se ocupa más de la vida ajena que de la propia, alguien que va a frustrar la oportunidad que estuviste calculando minuciosamente, el segundo preciso, mientras te pensás invisible, puedo asegurarlo, pero nadie es invisible: todos estamos sometidos a la visión de todos y no solo porque hay radares, cámaras, sensores, también una cortina que se aparta, una vecina curiosa, una puerta que se entreabre, una linterna que pasa, pero esta noche no, nada de eso, ya sos mía.

Que el bosque habla, no hay duda. Pero averiguar qué dice no es así nomás. Uno tiene que ir acostumbrándose a que la propia voz sobra por más que se desviva por conversar. No es una cuestión de voluntad: más bien, lo contrario, dejarse estar prestándole atención al bosque, porque son voces cada chasquido, cada susurro, y cada gorjeo está diciendo aunque no se comprenda. Y hay que discernir quién habla, si el mensaje le está dirigido porque puede ocurrir que no sea uno el destinatario, no hay que sentirse importante, pensar que la naturaleza le habla solo a uno. Al principio me costó vivir acá. Hasta que me di cuenta de que nadie está solo del todo: se trae siempre al pasado con uno. Hay cantidad de recriminaciones que vienen de atrás, y no te dejan en paz hasta que te despabilás: por más que intentes contestarles van a seguir porfiando. Lo mejor, no llevarles el apunte. Porque diga uno lo que diga no será escuchado: ya no es con uno el litigio porque uno dejó de ser el que era al venirse al bosque y acá tiene que atender otros asuntos, el rumbo del viento, los tonos de cielo y, cuando se siente fuerte la quietud de la noche, entonces el búho. Dicen que cuando se lo escucha cerca su voz es premonición, alguien habrá de morir. Y más si su voz la dirige a tu puerta. Esta noche, otra vez. Escuchá, está aquí afuera. Ni falta hace que me siga llamando, voy solo. No soy quien para ocuparle la noche entera. Debe tener otros esperando.

El pasado respira en la percepción presente de la memoria, viaje contra el tiempo, la vida que continúa como historia, la conciencia subjetiva, su construcción, se define por la fugacidad, los esfuerzos que hacemos por capturar lo que se pierde mientras nosotros mismos nos perdemos y entonces, en todo caso, lo que hacemos es empecinarnos en dejar constancia de que aquí estuvimos, un cortapluma raspando la corteza de un árbol que nos sobrevivirá, marca que puede ser un dibujo, una foto, una canción, este cuento, marca que perdurará como eco de este viaje corto en el que buscamos encaminar nuestros días desde el fondo del ayer, el personal en primer plano, y después de quienes nos hicieron, el origen, el corazón del misterio, aquellos que nos hicieron y los que antes, a su vez, como si nos esperara una explicación, hicieron a los que nos hicieron, y, por tanto, con terquedad, nos empecinamos en que la marca sea una prueba de nuestra existencia, razón de ser cuyo sentido será lijado como lo escrito en las placas de mármol al pie de esta columna que en lo alto tiene una representación escultórica del León de San Marcos, en una de las plazoletas del Boulevard de los Italianos, aquí donde me detengo, al pie del león alado, en las escalinatas, a registrar estas impresiones en una libreta que el tiempo habrá de extraviar, como tantas palabras.

Los primeros pasos son parecidos pero no iguales a los últimos: cuando aprendés a caminar, tras sortear tropiezos, choques, caídas, chichones y porrazos, te volvés a levantar y pronto te das cuenta lo fácil que es andar y todos los caminos que tenés por delante una vez que cruzaste la puerta de calle, la posibilidad de andar campos, montañas y desiertos, la superficie entera del planeta, sin otro límite que tu deseo de ver hasta dónde se puede llegar sin tener en cuenta que algún día, pasado mañana, ahora, hoy mismo, al despertar, te cuesta darte vuelta, sentarte en el borde de la cama, apoyarte en la mesa de luz, estirar una mano hacia la silla, apoyarte en la pared y todavía no diste el primer paso hacia el botiquín, la medicina, el piso tiembla, se inclina, te derrumbás, el impacto en la cabeza, y esto es simplemente todo, hasta que en unos días un vecino advierta el hedor, la descomposición.

Bruce Chatwin no puede ocultar su fascinación por Ernst Jünger. Era bajito, tenía una cara alauchada y su risa era un graznido, señala Chatwin. Nacido en 1895, hijo de un farmacéutico de Hanover, hastiado del convencionalismo familiar, en 1911 se unió a un movimiento de fanáticos del aire libre, la naturaleza, el suelo y la patria. Ya de joven era un experto observador de los escarabajos y pasaba varias horas al día con su botella asesina, cuenta Chatwin. Condecorado en la Primera Guerra con la Cruz de Hierro, en la Segunda es destinado a París, donde se codea con el ambiente artístico. Mientras almuerza con los mejores vinos, no soporta la visión de los chicos judíos que pasan por la calle con su estrella amarilla. *Los artistas*, escribe Jünger, *continúan creando en el medio de la catástrofe como las hormigas en medio de un hormiguero destruido*.

Me acuerdo que cuando era chico había en la biblioteca un libro titulado *El retorno de los brujos*, subtitulado *Una introducción al realismo fantástico*. Trataba acerca del esoterismo, la parapsicología, la alquimia, las sociedades secretas. Me inspiraba tanto atracción como miedo. Según mis padres, aún no tenía edad suficiente para comprenderlo. Del mismo modo que me advirtieron del riesgo de asomarme a un pozo sin fondo, me enviaban a la cama cuando recibían a sus amistades. Una de esas noches, sin que lo advirtieran, me levanté, bajé las escaleras y caminé en la penumbra de la casa hacia el salón donde se encontraban. Los espié. Me acuerdo de la luz de un candelabro, de las manos que se tocaban sobre una mesa. Volví corriendo a la cama. Esta noche, cincuenta años después de aquella visión, conservo las cenizas de mis padres. Pero ahora escucho sus voces. Se quejan del frío. Me piden que los libere. Voy al río. Las esparzo en el viento de la costanera. Al volver, los escucho otra vez. Se quejan de la humedad.

Desde que te fuiste estás en todas partes. Como sé que andás por acá, no sombra, no fantasma, más bien sustancia inapresable en el aire, te hablo en los momentos menos pensados, porque no se trata de situaciones que uno calculó, en las que tuvo el propósito de un encuentro que se caracteriza por la invisibilidad de tu presencia. Cuando el silencio propicia una retracción de todo movimiento y la quietud de la casa, me doy cuenta, está habitada por sonidos casi imperceptibles que a veces adquieren el jadeo de una respiración, la tuya y, de pronto, tu risa. Cuando la niebla envuelve el bosque en el amanecer también. Y después, aunque el día empiece despacio a clarear y el sol de invierno depare un buen humor posible que neutralice la angustia. Escucho tus pasos en la arena. No dejás de volver. Tal vez porque no te alcanza lo que te llevaste de mí. Pero, entendeme, no lo tomés a mal: tenés que irte. Qué más querés. Cómo te lo puedo decir, andate. Porque si seguís volviendo vas a terminar arrastrándome y yo todavía tengo que escribir el final de nuestra historia.

Falta nada para amanecer. Vicente, después de afeitarse, matea. Mira a Liliana y la prole dormida. Después del último mate, deja el departamento con techo de chapa improvisado en la terraza del edificio. Cruza la lluvia. Baja piso por piso en el ascensor juntando las bolsas de residuos en los recodos de la escalera. No siempre son bolsas, a veces se trata de cajas, envoltorios, botellas. Los residuos no deberían llamarse residuos sino basura. Y si lo que junta es basura debería considerarse basurero y no encargado. Y si cada bolsa contuviera el alma de los ocupantes del edificio, entonces qué, sería un basurero de almas. A podrido huelen las almas. A veces le dan ganas de agarrar la reglamentaria limada que conserva de su paso por gendarmería. Un día, si el consorcio lo sigue apretando. Pero no se puede imaginar el después sin Liliana y los chicos. El día menos pensado, piensa. Pero se aguanta y sigue cargando bolsas en el ascensor. La basura que hay en este edificio.

Cada mañana, al levantarme, abro la ventana para que el bosque entre, un acto tan importante como la primera taza de té mientras leo la primera frase del primer libro de la mañana. Todo lo primero que hacemos a esta hora suele determinar la secuencia de rutina que seguirá. Pero de todos esos primeros instantes, sin lugar a dudas, el crucial es la lectura, esa primera lectura que signará el transcurso del día, si será infierno o paraíso, o sin ponernos tremendistas, aceptemos que durante el pasaje de las horas nos irá dominando la vergüenza por no estar a la altura de esas palabras que lo convencieron a uno de que podía estar cerca del *insight* de tal o cual sabiduría, pero no: *Las palabras juegan con nosotros, como los objetos, los seres, el universo del que somos presa*, dice Edmond Jabès, y también: *Sea como sea, estos juegos peligrosos a menudo nos arrastran muy lejos, a donde no hay estabilidad ni apoyo*. Súbito, un miedo empieza a temblar en mis gestos, entreveo la jornada como catástrofe inminente, quiero volver atrás, leer otra cosa, como si fuera factible retroceder, y voy hacia la ventana, cierro los postigones, me desnudo, me acuesto otra vez, me tapo, aprieto los párpados y los dientes, soy un feto. Pero la primera frase me sigue zumbando como un tábano, y sepultado bajo la frazada me tienta gritar, pedir auxilio aunque nadie pueda oírme porque no hay socorro posible. No es esta la primera vez que me pasa. Y no será la última.

La tormenta viene del sur. Y lee a Peri Rossi. La calienta volver a esos poemas de amor. Tiene otra vez veinte y está sola y el amor está en todas partes pero no en su vida. Se acuerda de aquella chica que conoció en el Bárbaro. No debía ser mayor que ella. Usaba una túnica hippie, nada abajo. Le encantaron sus pies bronceados. Tuvo ganas de lamérselos. Tomaron cerveza. No me interesás, le dijo la otra. Ya sos vieja. Fuimos amantes, se acuerda. El porro, se acuerda. Ahora tiene cincuenta más que entonces y la lluvia chorrea en la ventana, quisiera bajar y encontrar aquella chica. Abre el placard, todavía conserva su túnica. Se la pone. Por qué no. Sin nada abajo. Llueve y hace frío y según el pronóstico el frío persistirá y el mal tiempo se quedará toda la semana. Descalza, se acuerda. Pero ella no siente el frío. Y sale a la calle y la noche. Camina perdida en la tormenta. Unos pibes se emborrachan en un zaguán, la miran: Te vas a enfermar, abuela. Ella se ríe. Sigue de largo. Peor sería encontrar ese viejo amor con las tetas caídas y sin dientes. Mejor morir de lluvia.

Mientras el gobierno nacional habla de un pacto social, pienso en Marx: su hipótesis de que la violencia es la partera de la historia. Lo pienso mientras leo un diario amarillista: noticias escalofriantes, mucho fútbol, faranduleras provocadoras. Esta clase de diarios son diarios de clase. Expresan las frustraciones y deseos de sus lectores. Me llaman la atención tres fotos de tres pibes activistas esposados. Pertenecen a un grupo de manifestantes que forzó el ingreso del Ministerio de Desarrollo Social. Hubo empleados heridos y destrozos durante la protesta. En otra página se informa la captura de tres pibes asesinos de un viejo en una tapera de La Matanza. No encontraron el dinero de su jubilación. Murió a causa de estrangulamiento con un cable. Los fotografiados, unos y otros tienen algo que los une además de la juventud y el origen social. Son víctimas de la inequidad del neoliberalismo colonialista. Los activistas creyeron atacar el corazón del sistema. Los ladrones creyeron hacerse un dinero fácil al atacar a un desdichado de su misma clase.

Sucede en el instante menos pensado, nadie puede predecir cuándo ni cómo ni cuáles son las condiciones que propician la irrupción del pánico, y corresponde aclararlo: nadie, tratándose de los otros, se dará cuenta de qué te pasa en este instante, sobrevienen los indicios de que algo terrible está por pasar, una catástrofe que nadie, los otros, ninguno advierte pero sí la siente tu cuerpo, estremecido por el vértigo, advierte las señales, sabe que se cierne, está aquí y, por más que intentes avisarles, no te creerán, y además habrán de burlarse los muy confiados, ni aun cuando describas lo que sentís, la opresión en el pecho, el cierre de la garganta, los escalofríos y el temblor, te miran sospechando de tu equilibrio mental, porque algunos hablan de eso, de equilibrio mental, sin darse cuenta de que la realidad transcurre en un plano inclinado y, al caminar, conviene apoyarse en la pared aunque se rían de vos y quienes te conocen dirán otra vez le dio, otra vez, tráiganle un vaso de agua, y también: ya va a pasar, te dicen, ya pasa, y lo más insoportable, aunque la amenaza no se cumpla, la catástrofe no se produzca, las señales están ahí y no las ven, no quieran verlas, prefieren ignorarlas porque, en el fondo, les aterra que pueda sucederle a cualquiera cuando menos se lo espera, en el instante menos pensado.

Ricardo Piglia declaró alguna vez que lo difícil es no escribir. Lo dijo, creo, mientras afectado por la enfermedad que le impedía escribir recurrió a una computadora especial y una asistente. Así compiló en sus últimos años sus diarios ficcionales. Cada vez que me acuerdo de su frase sobre lo difícil que es no escribir experimento a la vez confusión, vergüenza y falta de coraje para ponerme a prueba. Pero no puedo. Este texto que escribo es el cuento número X de este libro. No será el último que escriba, creo tener cuerda para unos cuantos más. No obstante, me pregunto acerca del sentido no solo de esta escritura sino de la necesidad compulsiva de seguirla, una intención que se parece bastante a una huida hacia adelante. No tengo la respuesta. Solo incertidumbre. Y en la niebla entro en este cuento que escribo contra un miedo.

Vera tiene dieciséis y me dice que le encanta este barrio del conurbano donde vive. Me siento segura, dice. Las calles arboladas, mejorado de asfalto y zanjas a los lados, se llaman Bolivia, Paraguay, Perú, Ecuador. Y los habitantes parecen pertenecer a esos países. Casas bajas, muchas en construcción. El cielo achata el paisaje en la tarde de verano aplastante mientras caminamos hacia el chino que se llama El Eterno. Nos encanta su nombre. La cerveza es más barata, dice Vera. En el aire se oye una cumbia. Ahora te voy a mostrar la Virgen del Rottweiler, me dice. Acá todos la llamamos así. Pasamos por un chalecito humilde, parece abandonado, el jardín con maleza. Los dueños se fueron, me cuenta Vera. En la puerta, delante de la reja, hay una virgen pigmea y desteñida que le llega al hombro a Vera. Esta es la Virgen, me cuenta. Hace tiempo acá vivía una nena de dos años, que un día cruzó a la casa de al lado, donde había un rottweiler. Después se fueron los dueños del perro. Después los padres de la nena muerta pusieron esta virgen. Después también se mudaron. A veces los vecinos vienen a traerle flores. Mirá, las que tiene están secas. Debe ser por el calor. Me pregunto cómo escribir este cuento, cuál sería la parte de arriba del iceberg, cuál la de abajo.

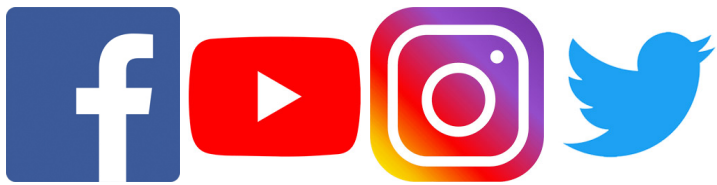
Si tuviera que definirse a sí mismo a los ochenta y dos años diría que es un tipo que perdió el asombro. Ni los crímenes más espeluznantes ni los contados actos de bondad, que le parecen siempre no tanto absurdos en este mundo sino interesados, nada lo asombra. En la noche de domingo de invierno piensa estas cosas mientras cruza la avenida desierta envuelto en el viento glacial que viene del río y, al dar un paso en falso, se tambalea y cae. Con las manos en el asfalto, busca incorporarse. Lo ayudo, abuelo, dice la chica. No la había visto. Ligera de ropa, escotadísima, está temblando. Ella lo ayuda a levantarse. Lo acompaño, dice. Y lo remolca hasta la puerta del edificio. Querés un café, le ofrece. Cruzan el hall, suben en el ascensor. Gracias, le dice ella. Entran, pone la cafetera en el fuego. No tengo azúcar, dice. No importa. Permanecen callados. Se nota que a ella la reconforta el café. Está bueno. El viejo busca un billete. Quiere que me quede, le pregunta ella. No, dice él, gracias. Y abre la puerta. Ella se va. Al día siguiente, cuando el portero viene a traerle unos impuestos le cuenta que en la madrugada una puta fue asesinada en la esquina. Enciende la tele. Está en las noticias. Es ella. No es mi culpa, piensa. Y tira el control contra la pantalla.

Le gustan esas novelas decimonónicas en que la narración se toma su tiempo, la descripción se detiene en un objeto, la expresión de un rostro, la tonalidad de un cielo. No se trata solo de relatos que se toman su tiempo para contar acciones. También para contar el tiempo, que es otro. De pronto, y cuando se dice de pronto, se da cuenta, se demora en pensarlo, sus días, su vida, vienen transcurriendo a una velocidad inapresable sin que pueda tener demasiada idea de la diferencia entre un día y otro. Por eso le gusta esta novela en que, de pronto, un capítulo empieza así: «Al día siguiente…». Le gusta pensar que puede olvidarse del presente, el inmediato ahora y, otra vez, entrar en un tiempo que es otro. Consulta el reloj. Se ha detenido. La quietud de las agujas lo intimida. El silencio lo rodea. La noche se vuelve inmensa. Nunca antes había pensado en que podía no haber un día siguiente. Esta conciencia, la quietud del reloj, lo paraliza. Entonces qué, se pregunta. Nunca deseó tanto que amaneciera.

Anoche, después de sentir que ya no podrías escribir un cuento más, al cruzar el bosque, cuando te internabas por el sendero que lo atraviesa, y debiste enfrentar ese tramo oscuro, la boca del lobo, era tarde, casi medianoche, y a medida que avanzabas te reprochabas no retroceder, actitud de por sí contradictoria pero que no podías modificar porque tus pasos, unos tras otros, cada vez más apurados, contradecían, además de tu voluntad, el miedo lógico que cualquiera, todos en el pueblo, aun los más arriesgados, experimentan en este tramo negro, entonces te acordaste de Kafka, después de sus vómitos de sangre, entre septiembre de 1917 y abril de 1918, en Zürau, la campiña bohemia, en casa de su hermana Ottla, donde pasó una breve estancia, intentando reponerse, cuando escribió las *Consideraciones sobre el pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero*, título que su amigo Max les dio a sus aforismos. En el número 5 dice: *A partir de cierto punto ya no hay retorno. Ese punto hay que alcanzar*, punto en el que te encontrabas tanto en el cruce del bosque como en la escritura de estos cuentos mientras pensabas espantado que ya no escribirías uno más pero, sin embargo, unos pasos después, una claridad lunar se proyectaba sobre el teclado.

Quedan en cenar en este parador de la playa. La noche es tibia, estrellada. No se ven después de años. Se acuerdan de cuando fueron amantes, de las mentiras recíprocas a sus parejas de entonces. Se seducen, se ríen, se muestran las fotos de los hijos respectivos, que ya son grandes. De las separaciones hablan. También del tiempo que pasó, del que pasaron sin verse hasta esta noche. Él pone unas grageas sobre el mantel. Ella se sonríe con ternura. Estás más fuerte, le dice él. Vos también, le dice ella. Me gustás más ahora, dice él. Vos también a mí, dice ella. Podríamos, dice ella, pero no, mejor que no. Pudor, dice. Las cicatrices, aclara. También yo tengo, dice él. Y levanta la copa: Por las cicatrices. Hace tres meses terminé la quimio, dice ella. El chinchín del cristal. No podría, dice ella. Comprendo, dice él. Prometeme una cosa, le pide ella, aunque sea mentira. Que volveremos a encontrarnos, dice. Vuelven a brindar. Tenemos tanto que contarnos, dice él. No hace falta, no vale la pena, dice ella. Bajan a la playa. Caminan descalzos en la arena, la espuma les moja los pies. Acá podría terminar la película. También este cuento. Faltaría la parte en que se pierden agarrados de la mano bajo las estrellas. Se preguntan si ellas los miran.

Después de abordar la tabla, el surfista observa esa superficie de madera que lo sostiene, su base provisoria en movimiento, sin embargo hay una quietud en la ondulación que lo eleva y lo desplaza, un equilibrio precario, perseverar en esta duración de lo mínimo, la alternancia de lo fijo en tránsito y de pronto la velocidad, respirar hondo el vértigo, el aliento contenido, instante que transmite poder ilusorio, una paz en este movimiento de tensión y control transportado en la serenidad de un instante calmo, pasaje a otra parte, hasta que irrumpe una fuerza desde abajo, avisa la proximidad del final, lo levanta, lo expulsa, lo lanza al cielo, un estallido de la luz, el corazón en la boca, arrastrado por la corriente, el tiempo se detiene, esta potencia superior a toda voluntad lo arroja, lo sumerge, tiene que abandonarse envuelto en la turbulencia, aceptarla, ser el mar, dejarse llevar, como dicen los que saben: el mar te saca, la tabla, la escritura, llega primero a la playa, después vos.

Grupo Planeta

¡Seguinos!